

La Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 9 DE OCTUBRE DE 1911

Núm. 1.554



LA HIJA DEL EXIMIO PINTOR JOSÉ RIBERA, retrato pintado por éste,
que se conserva en el Museo Filangieri de Nápoles y que actualmente figura en la Exposición del Retrato Italiano que se celebra en Florencia
(De fotografía remitida por Carlos Abeniagar.)

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El gran sistema*, cuento de Raymond de Baños. — *Los aviadores y el mal del aire*. — *Guerra de Italia contra Turquía*. — *Tolón. Después de la catástrofe del «Liberté»*. — *Excelentísimo Sr. D. Antonio García Alix*. — *Santuario greco ibérico*. — *Madrid. Imposición de fajas a los nuevos capitanes de Estado Mayor*. — *Problema de ajedrez*. — *La coleccionadora* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Teatro Principal. «Els Pirineus»*. — *París. Un autobús precipitado en el Sena*. — *Libros*.

Grabados.—*La hija del eximio pintor José Ribera*, retrato pintado por éste. — Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *El gran sistema*. — *Cuadro de Francisco Wacik*. — *La edad feliz*, cuadro de E. Pferr. — *Retrato de Mrs. Robertson Williamson*, por E. Raeburn. — *El almirante Augusto Aubry*. — *El acorazado italiano «Vittorio Emanuele»*. — *El buque almirante turco «Medjidji»*. — *Said-Bajá, gran visir de Turquía*. — *Tolón. La capilla ardiente de las víctimas del «Liberté»*. — *El ministro de Marina*. — *Corona dedicada a las víctimas*. — *M. Fallières pronunciando un discurso ante los féretros*. — *En la Arcadia*, cuadro de Plauzeau. — *D. Antonio García Alix*. — *Santuario greco ibérico*, cuadro de J. Garnelo. — *Madrid. Nuevos capitanes de Estado Mayor*. — *Barcelona. Teatro Principal. Decoraciones de «Els Pirineus»*. — *París. Un autobús precipitado en el Sena*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Al reanudar Barcelona su vida ordinaria, después del veraneo, se encuentra planteado un problema del mayor interés. Me refiero al problema, que no pocos han llamado crisis, del Teatro Catalán. Esta crisis tiene dos aspectos: espiritual ó artístico el uno, económico el otro. Y la controversia que con tal motivo se ha suscitado vacila en atribuir unas veces al factor económico y otras veces al factor artístico, el origen ó causa de las dificultades con que viene tropezando en los últimos tiempos aquella institución.

Por mi parte, veo reproducido en el Teatro Catalán y trasladado a la dramaturgia de nuestro país el mismo fenómeno de que hablábamos hace algunos meses como ofrecido por la pintura con motivo de la última Exposición Internacional de Bellas Artes. El anhelo de renovación, indefectible y aun laudable en toda sociedad que se siente llamada a mejores destinos, ha tenido entre nosotros un período sobreagudo en todos los órdenes: en la política, en la literatura, en las artes gráficas y de construcción. No se ha tratado de una evolución normal, sino de un salto brusco; no se ha tratado de una continuidad ascendente hacia la mejora sino de una ruptura. La consigna y el santo y seña, durante este tiempo de que hablo, no han sido otros que la novedad a todo trance, la «última palpación», el último figurín, el aire de Europa, la inquietud. ¿Y qué ha resultado de todo ello? Una pura incoherencia, un frenesí, una de aquellas *fiebres obsidionales*, de que hablaba Thiers, y que ya cité antes de ahora, refiriéndose a los estados de perturbación de las muchedumbres que, en días de revuelta, buscan el subterráneo conventual, la mina, el cuarto de tortura, la explicación maravillosa é inverosímil de las adversidades y contratiempos.

**

Acaso, en este extravío generoso que ha traído como consecuencia el divorcio momentáneo del gran público y el Teatro Catalán, excepción hecha de dos ó tres autores que, con su vigor ó personal potencia, se imponen por sí mismos; acaso en este extravío, vuelvo a decir, tenga no poca responsabilidad la benevolencia de la crítica y aun su propia excitación, pues mejor que de freno parece haber servido aquí de acicate, en sentido de cualquier intemperancia que pudiera tomar aspectos de originalidad y europeísmo. Ha faltado en este último decenio una de aquellas individualidades prestigiosas que tienen la virtud de encauzar las corrientes desbordadas y de orientar el gusto de los públicos, sobrando, en cambio, los escritores de talento que a cada estreno y en cada caso especial, producen bellos artículos, llenos de erudición y brillantez. Ha faltado una de aquellas fuerzas contenidas y reguladoras, capaz de imponer la moderación y de hacer compatibles el impulso de lo nuevo con la normalidad perfecta, con la sucesión coordinada de los esfuerzos, que es lo que distingue y da carácter a las culturas secularmente arraigadas y sostenidas.

**

La esperanza de la juventud catalana en sus propios destinos, el afán de situarse en la vanguardia de todas las empresas del espíritu moderno, las impetuosas temeridades de una adolescencia que no ha sentido más que impulsos de ascensión y lejanas visiones de triunfo sin medir de antemano su resistencia y sus pertrechos, han dado a nuestro movi-

miento intelectual el tono de un vocerío petulante y retador, por fortuna muy aplacado ya en sus notas extremas.

En poco más de diez años se ha afanado por asimilarse el progreso, las novedades, las ideologías, las estéticas, los refinamientos intelectuales y artísticos de todo un siglo. Encerrada hasta no ha mucho en la monotonía de una tradición localista, floral y arqueológica, se lanzó vorazmente sobre la modernidad para apropiársela de un golpe. En un solo banquete quiso desquitarse de las pasadas abstinencias, consumiendo de una vez los manjares más fuertes, las bebidas más espirituosas y estimulantes, todo lo que era destilación lenta de múltiples generaciones, adecuado a la resistencia de pueblos distintos, preparados y trabajados por otra historia, otros ideales y otras costumbres. A semejante hartazgo, no podía faltarle su poquito de indigestión, de mareo y de embriaguez.

Y este mareo y embriaguez es el que estamos liquidando ahora, por ventura sin sentirlo, en esa depresión correlativa de la política catalana, del arte, de la literatura y del teatro. Estaba demasiado reciente el espectáculo doloroso de otra juventud española que vivió de ilusiones y jactancias, muy patrióticas pero muy descaminadas y sin base y que, en el breve espacio de unos meses, pasó del entusiasmo a la desesperación; estaba demasiado reciente el ejemplo para que se decidiera alguien a imitarlo so pretexto de reaccionar contra él. Lo que puede afirmarse actualmente, es que la dolencia pasa y que no se volverá a reincidir en los excesos que la originaron.

La juventud vive ya prevenida en gran parte contra lo chillón y anormal, contra el *contorsionismo* literario y artístico. Querrá hacerse grande por las obras y no por los prospectos y los anuncios de ellas. Si llega a nuevas alturas, será sin darse cuenta de la ascensión, porque los verdaderos estados de heroísmo, de gracia y de poesía no suelen ser razonadores ni se analizan a sí mismos, como tampoco se analizan ni razonan el pudor y la inocencia. Pensará fijamente que las mayores novedades de un momento forman en el siguiente aquel montón de «almanaques de antaño» tan recordados por Miguel de Montaigne y no se preocupará por *épater le bourgeois* con retorsiones y ejercicios de dislocación, en el estilo y en las ideas, impropios de los talentos sólidos a quienes puede contagiarse un momento la intolerable petulancia ó la monstruosa excentricidad que irradian de vez en cuando sobre las letras algunos grandes escritores del tipo Nietzsche ó del tipo d'Annunzio, pero que a la postre reconocen que la normalidad, la santa normalidad, es la forma de salud de la civilización de un pueblo.

**

Y de «normalidad» necesita ante todo el Teatro Catalán. Normalidad en sentido de progreso, de perfección sucesiva, ordenada y perseverante. Es decir: todo lo contrario de la rutina y del arte de *pesebre*; todo lo contrario también, del paradijismo chillón, de la estridencia, del *status vocis* y de la última novedad a estilo de viajante ó comisionista de géneros trascendentales. Pasar del arte subalterno ó de barrio y *masía*, en que dejaron al Teatro Catalán sus fundadores y cultivadores de primera hora, a las delicadezas de la vida moderna, de la emoción, de la poesía, requiere un tacto precioso y sutil, una mano ligera y blanda, un instinto lleno de finura. Porque hay que arrastrar al gran público, a la muchedumbre, de una manera veraz y efectiva, no con la simulación de una noche de estreno, con una «platea» amañada y convencional de pseudo-intelectuales y gente de la profesión. Y todo lo que sea desconocer esta primera base es persistir en el engaño y prolongar la convención y el artificio.

El aspecto administrativo que se está removiendo en la actualidad y que ya tiene estado en el Consistorio, a saber: la creación de un Teatro Municipal ó Teatro Catalán, con edificio, recursos y organización asegurada y autónoma, necesita como supuesto previo la existencia espiritual de este mismo Teatro, en el alma de las multitudes, en la conciencia del pueblo, en la producción de los autores, en la fecundidad artística de la raza. No atender ahora más que a este primer aspecto de un edificio, sin robustecer el alma que ha de llenarlo y vivificarlo de por dentro, sería invertir otra vez los términos del problema. En tal sentido, no puede ser más sensato el proyecto, que va ganando cada día nuevas adhesiones, debido a los mismos dramaturgos, comediógrafos y actores catalanes, de constituirse ellos mismos, mediante la subvención oficial y las comanditas particulares que se les ofrecen, en empresa directa del Teatro restaurado.

De un ensayo de esta especie puede salir definitivamente consolidado el Teatro Catalán y en aptitud inmediata para recibir la constitución oficial que se anhela y que no puede anticiparse a su arraigo en el espíritu público sino seguirlo y sancionarlo. No se creará, por ejemplo, una filosofía nacional empezando por construir el palacio académico que puede albergarla. Las construcciones monumentales, las grandes fundaciones de cultura, lo que hacen es manifestar la estabilidad y permanencia de las cosas que han triunfado en la opinión ó, en todo caso, dar un apoyo material a la energía y vitalidad de una institución; pero nunca sin suplirlas ni crearlas artificialmente.

**

Bajo esos auspicios empieza la nueva temporada y se aprestan los autores viejos y los noveles a entregar y ensayar sus nuevas producciones ó a darles la última mano.

El momento es a propósito, si no para una rectificación apresurada y poco airosa, cuando menos para un alto en el camino extraviado que se seguía. Si queremos ser nuevos, originales, trascendentes, pensemos un poco menos en la novedad, en la originalidad, en la trascendencia. Si queremos ostentar el sello de las cosas universales y el aire de Europa renunciemos a ese prurito simiesco de introducir a toda prisa, como se introducen las corbatas y los puños de bastón, de una manera mecánica y superpuesta, los últimos géneros de París, las últimas novedades de la estación. La moda es materialista; mientras que el arte, la literatura y las ideas tienen un proceso más largo, de índole no cuantitativa, sino cualitativa, biológica, de naturalización ó repulsión interna.

No basta introducir, ni calcar, ni traducir; es preciso combinar íntimamente con nuestro espíritu lo que viene de fuera, y es preciso también que ello sea adaptable ó soluble en nuestra propia substancia é idioma.

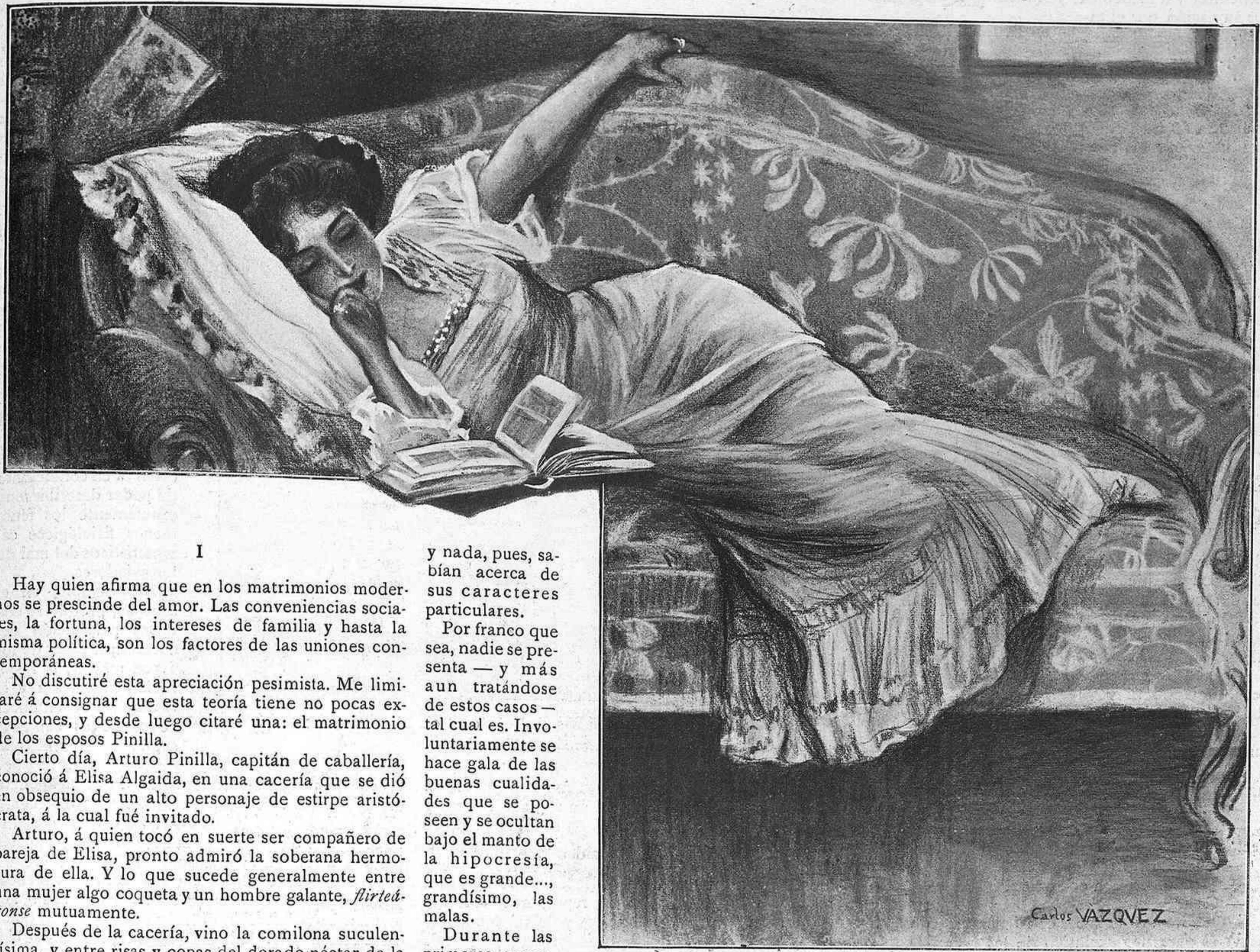
Pasar bruscamente del sainete ó la *gatada* al «teatro de ideas», a los sonambulismos de Maeterlinck, a toda suerte de alambicamientos y quintesencias líricas, propias tan sólo de un público de profesionales, sin haber pasado por la comedia urbana y natural, por el drama de observación a la moderna, todo eso es querer un imposible. Empeñarse en que el público—el público en la verdadera acepción de la palabra, esto es, la gente que no escribe ni hace profesión de las letras,—nos siga a través de tales caprichos y admiraciones, más ó menos sinceras, más ó menos afectadas y de *snobismo*, resulta tan temerario como si pretendiéramos retenerle con la vieja producción de los días de Pitarra.

Bueno es conocer lo que se escribe fuera de aquí, en todos los países y en todas las literaturas dignas de este nombre; pero hay que conocerlo de veras por todas sus fases, y en todos sus planos y dimensiones. Aunque la teoría de los medios: tiempo, raza, territorio, haya perdido no poco de su antigua rigidez, queda en el fondo de ella un residuo innegable. El arte es todavía «nacional», aunque hable a todos los hombres y sea de todos entendido y gustado. Y es nacional de dos maneras: ó por los asuntos y la materia objetiva—descripciones, paisajes, tipos, caracteres,—ó por la individualidad artística del autor, que es una especie de elemento nacional subjetivado, con propensiones nativas a ver las cosas de esta ó la otra manera y a tratar los asuntos con arreglo a tal ó cual método.

Y el teatro, menos que género alguno, puede dejar de ser nacional, en cualquiera de las dos formas señaladas. El teatro pone en contacto directo al escritor con la multitud y la congrega materialmente, durante algunas horas, constituyendo esa aglomeración que la moderna psicología estudia como una suma independiente de la simple adición de los sumandos. Hay que gustar y convencer a la suma, no a los sumandos aislados. Hay que arrastrar y conmover al público colectivamente, no al espectador individual. La escena es para la multitud, como la oratoria. Las torres de marfil no duran ni resisten un minuto a la luz de las candilejas. Claro que esos públicos se dejan seducir por mil adulaciones: el sentimentalismo, el falso interés, la chocarrería, la confusión siempre posible de lo *popular* con lo vulgar; pero tiene una zona inmensa de intersección con la zona del arte puro, durable y noble; y esa zona de coincidencia entre la sencillez y la inspiración, la claridad y la profundidad, lo nacional y lo universal, lo típico y lo eterno, lo natural y lo fuerte, es la que produce los grandes portentos y nutre las dramaturgias gloriosas, como puede serlo algún día la de Cataluña.

MIGUEL S. OLIVER.

EL GRAN SISTEMA, POR RAYMOND DE BAÑOS, dibujo de Carlos Vázquez



Se pasaba las horas muertas tendida en el sofá...

I

Hay quien afirma que en los matrimonios modernos se prescinde del amor. Las conveniencias sociales, la fortuna, los intereses de familia y hasta la misma política, son los factores de las uniones contemporáneas.

No discutiré esta apreciación pesimista. Me limitaré a consignar que esta teoría tiene no pocas excepciones, y desde luego citaré una: el matrimonio de los esposos Pinilla.

Cierta día, Arturo Pinilla, capitán de caballería, conoció a Elisa Algaida, en una cacería que se dió en obsequio de un alto personaje de estirpe aristocrata, á la cual fué invitado.

Arturo, á quien tocó en suerte ser compañero de pareja de Elisa, pronto admiró la soberana hermosura de ella. Y lo que sucede generalmente entre una mujer algo coqueta y un hombre galante, *flirtéronse* mutuamente.

Después de la cacería, vino la comilona suculentísima, y entre risas y copas del dorado néctar de la Champaña, encendieron en sus corazones inmensa hoguera... Luego, asomada Elisa en el alfeizar de la ventana, sofocada por tanto bailar y siempre oyendo palabras dulces de los labios de Arturo, invadióla un tierno lirismo. Y cuando él, cogiéndole una mano que ella le abandonó, le habló de su amor, no pudo reprimir su gozo, é instintivamente se amaron los dos, comunicándose en el acto su mutua pasión, resolviendo, ya que ambos eran completamente libres, casarse sin pedir pareceres á nadie acerca del paso que iban á dar.

A las tres semanas de su primera entrevista, y en una mañana hermosa y estival, salían de la iglesia muy satisfechos del enlace que acababan de efectuar.

—Ese matrimonio no puede ser feliz, dijo uno de los convidados, un tanto psicólogo, después de la comida de boda, que fué excelente.

—Tiene usted razón, asintió otro, saboreando un magnífico cigarro.

—¡Son tan distintos así en lo físico como en lo moral! El capitán es un hombre de carácter violentísimo, y ella, Elisa, una mujer en extremo pacífica.

—Pero es muy coqueta.

—Antes de un año, al reconocerse sus caracteres, habrán roto. Porque yo, y usted seguramente será de mi opinión, no concibo cómo en tres semanas hayan estudiado sus caracteres respectivos para unirse en matrimonio. ¡Para mí Pinilla ha hecho una locura!

—Estamos de acuerdo: soy del mismo parecer.

En aquel momento se presentó Elisa hermosa como nunca, apoyada en el brazo de su esposo.

Todos se apresuraron á felicitar á los cónyuges, haciendo votos por su prosperidad.

Así ocurre generalmente en la vida social.

¡Todo farsa pura!

II

Arturo Pinilla y su esposa se conocían muy poco antes de casarse, como ya se habrá podido colegir,

y nada, pues, sabían acerca de sus caracteres particulares.

Por franco que sea, nadie se presenta — y más aun tratándose de estos casos — tal cual es. Involuntariamente se hace gala de las buenas cualidades que se poseen y se ocultan bajo el manto de la hipocresía, que es grande..., grandísimo, las malas.

Durante las primeras semanas de la luna de miel, todo fué á pedir de boca. Pero como todo tiene su fin, también aquí lo hubo, cesando el esfuerzo oculto y cayendo la máscara.

—¡Cómo es eso!, pensó un cierto día Arturo Pinilla al notar la elegancia extremadísima con que Elisa se vestía para salir de paseo. ¡Si será coqueta mi mujer!

Elisa también otro día no pudo menos de exclamar al ver con cuánta crueldad trataba Arturo á su asistente:

—¡Vaya un carácter el de mi esposo!

Además, notó el capitán que su mujer era sumamente perezosa y que se pasaba las horas muertas tendida en el sofá leyendo y releendo las últimas novelas de nuestros intelectos modernos.

Elisa, por su parte, no podía sufrir el lenguaje *sui generis* de su marido, una jerga cuartelera esmaltada de una serie de horribles blasfemias capaz de aturdir á cualquier santo varón que se dignase oírlas.

Arturo no iba al café como cuando era célibe; pero hízose comprar varios y buenos aperitivos. A la hora oportuna sentábase en el comedor ante la botella y la copa, y por si eso era poco, proveyóse de una enorme pipa, apestando con el humo la habitación que Elisa tenía tanto cuidado en perfumar con papel de Armenia.

Dicen que el amor es ciego, pero el que se profesaban los dos esposos no lo fué bastante para que no notasen recíprocamente sus imperfecciones.

III

En otra ocasión Elisa se quedó altamente sorprendida al ver entrar una tarde en su cuarto á su Arturín, como le llamaba ella, vestido con extraordinaria elegancia.

—¿Adónde vas, Arturín?, le pregunta su mujer, bastante intrigada.

—A un concierto, Elisita.

—¡Ay, hijo! No sabía que fueses tan coquetón. Ya supongo que no te habrás elegantizado en mi obsequio, ¿eh?

—No te diré que sí ni que no. Pero como á esa fiesta van las señoras de más alto copete de la población, no está de más ponerse á su nivel. ¿No te gusta á ti vestirse bien cuando vas á paseo para que todo el mundo te admire? Además, si quieres acompañarme...

—No, hijo, no; prefiero quedarme en casa. Me duele un poco la cabeza.

Elisa púsose á meditar cuando Arturo hubo salido, y no tardó en comprender que su marido acababa de presentarle uno de sus defectos.

Esta idea le hizo sonreír. ¿No podría corregir al capitán por el mismo procedimiento?

¡Lo que es la penetración femenil! Cuando oyó entrar á su esposo púsose Elisa á reñir violentísimamente á su cocinera, apelando al vocabulario de Arturo, y más aun, al verle arrojó al suelo un jarrón de flores chinescas — 500 pesetas, — que se rompió en mil pedazos.

El capitán no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos ni á su bolsillo.

Y aun fué peor cuando con voz irritada exclamó Elisa:

—¡El aperitivo del señor! ¡Caramba! ¡Y traiga también otra copa para mí!

—¡Cómo! ¿Vas á tomar un aperitivo?, le preguntó Arturo estupefacto.

—¿Por qué no? ¿No lo tomas tú?

Al ver que Arturo llenaba su pipa, Elisa encendió un cigarrillo.

Arturo Pinilla no dijo una palabra, consagrado, sin duda, á hacer un examen de conciencia. ¿Quién si no él tenía la culpa con su mal ejemplo de que su Elisita se indignara sin motivo justificado, rompiera jarrones de flores y se pusiera á beber y á fumar?

CARLOS VAZQUEZ

Desde aquel momento, el capitán decidió corregirse, renunciando á sus absurdos arrebatos, á sus blasfemias y á la bebida, y limitando á los cigarrillos su pasión por el tabaco.

IV

A los pocos días, notó que Elisa no usaba más que trajes en extremo sencillos y que no pudiesen llamar la atención de nadie.

Arturo no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción.

El procedimiento de que se había valido le daba excelentes resultados. Y quiso utilizarlo de nuevo.

Solía arrellanarse en una butaca delante de su esposa, permaneciendo así horas y más horas mano sobre mano.

—¿Qué haces ahí, Arturo?

—¡Psché! Lo mismo que tú... ¡Nada!

Elisa comprendió la alusión y desde aquel día se ocupó asiduamente del cuidado de su casa, hasta entonces completamente abandonada.

—¿Sabes lo que estamos haciendo tú y yo de algún tiempo á esta parte?, dijo la mujer á su marido.

—Me parece que sí, nena mía, contestó Arturo echándose á reír.

—Estamos sirviéndonos mutuamente de modelo.

—Y presentándonos uno á otro con nuestros defectos, no tenemos más remedio que corregirnos.

—¿Quieres que pidamos privilegio de invención?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que hemos de hacer consignar que nuestro sistema es para uso exclusivo de los esposos capaces de enmendarse, que se quieran de veras, sin trabazón social de ninguna especie, y que, en fin, deseen amarse eternamente. ¿La aceptas?

—¡Aceptada!, exclamó Elisa.

Y en un arranque de inmensa alegría por el triunfo obtenido, imprimió en la noble y serena frente de su esposo un beso casto y pudoroso, como son los de las esposas dignas.

LOS AVIADORES

Y EL MAL DEL AIRE

Conocidos son el mareo y el mal de montaña, pero desde que el hombre hállase en camino de adueñarse del tercer elemento, ve aumentar el número de sus dolencias; en efecto, un malestar, hasta ahora ignorado, se apodera de todos los que se lanzan en aeroplano hacia alturas de dos á tres mil metros, y este malestar es el mal del aire ó de los aviadores.

Los fenómenos fisiológicos que caracterizan este malestar fueron estudiados durante la semana de aviación de Burdeos, en septiembre de 1910, por los doctores Cruchet y Moulinier; pero la muerte trágica é inesperada de un Chávez, por ejemplo, atribuible probablemente á ese mal, bastaría para demostrar la gravedad del mismo, á lo menos en circunstancias especiales.

Un vuelo de altura en aeroplano se efectúa necesariamente en un tiempo muy corto, cuya duración

media es de una hora, á lo sumo; en estos cincuenta ó sesenta minutos, el aviador se eleva á una altitud de dos á tres mil metros y el descenso se efectúa

la tensión de espíritu que exige la dirección de un aeroplano y se comprenderá que en algunas ascensiones particularmente peligrosas, las fuerzas humanas llegan pronto á un estado de total agotamiento.

Así Chávez, que en menos de veinte minutos había subido á 1.120 metros y descendido en Domodossola (278 metros) en menos de quince y entre formidables remolinos, llegó moralmente aniquilado. La caída que sufrió, poco grave en sí misma, no habría sido seguramente mortal; pero el infeliz estaba extenuado por la emoción, la angustia y la fatiga, y la menor conmoción debía ocasionarle la muerte.

Las autoridades médicas antes citadas, y á las que hemos de añadir el profesor Dastre, están ya en condiciones de poder describir muy exactamente los fenómenos fisiológicos característicos del mal de los aviadores.

Al principio, en el ascenso, prodúcese una ligera palpitación del corazón; al pasar de los 1.500 metros, la respiración se mejora y el malestar que entonces se siente es causado, según ha dicho Morane, por la angustia y por

el sentimiento de espantosa soledad que se apodera del aviador; la acuidad del oído disminuye, tiénesse alucinaciones y un ligero dolor de cabeza, como si un casquete de plomo oprimiese las sienes, aparte del frío, á veces muy intenso.

En el descenso, el corazón late con más violencia y á medida que el aviador se acerca al suelo, aumentan las palpitaciones. Siéntese un violento dolor de cabeza, la piel de la cara escuece, los ojos se cierran involuntariamente y se experimenta una extraña é imperiosa necesidad de dormir; así un aviador se durmió en el aire y despertó en medio de un campo, sin poder explicar cómo aterrizó sin accidente, como por milagro.

Llegado á tierra, el aviador tiene zumbidos de oídos, oye mal y experimenta vértigos y somnolencias; algunos, después de aterrizar, han dormido profundamente muchas horas seguidas.

Las causas fisiológicas de todas estas sensaciones son fáciles de determinar: al pasar, en pocos minutos, de un medio atmosférico muy denso á otro que lo es mucho menos, la circulación de la sangre ejerce sobre los vasos arteriales y venosos una presión repentinamente muy fuerte para la que el organismo está mal preparado.

Por esto hay que excluir en absoluto de los ejercicios de aviación á todos los individuos cuyo temperamento físico no sea perfectamente sano y equilibrado, pues los males que hemos descrito se acentúan hasta llegar á ser intolerables y aun mortales cuando el corazón, el sistema nervioso ó la circulación no funcionan normalmente.

Por lo demás, el entrenamiento fortalece contra el mal del aire y el organismo humano es tan maravillosamente plástico, que en los veteranos de la aviación

comienza á adaptarse á condiciones que parecían impedir para siempre el vuelo del pájaro al débil pecho del hombre.—T.



Cuadro de Francisco Wacik que forma parte del ciclo «Los hijos del rey», que figuró en la Exposición de la Secesión de Viena de 1911

en cinco ó diez minutos apenas. Así Legagneux, en Pau, subió en veintidós minutos á 3.200 metros y descendió en cinco, y Morane, en el Havre, empleó veinticuatro minutos en llegar á 2.600 metros y descendió en dos minutos.

Estas ascensiones y estos descensos vertiginosos realizados en pocos minutos, representan cambios de presión barométrica bruscos y de tal consideración, que el organismo del aviador, mal preparado

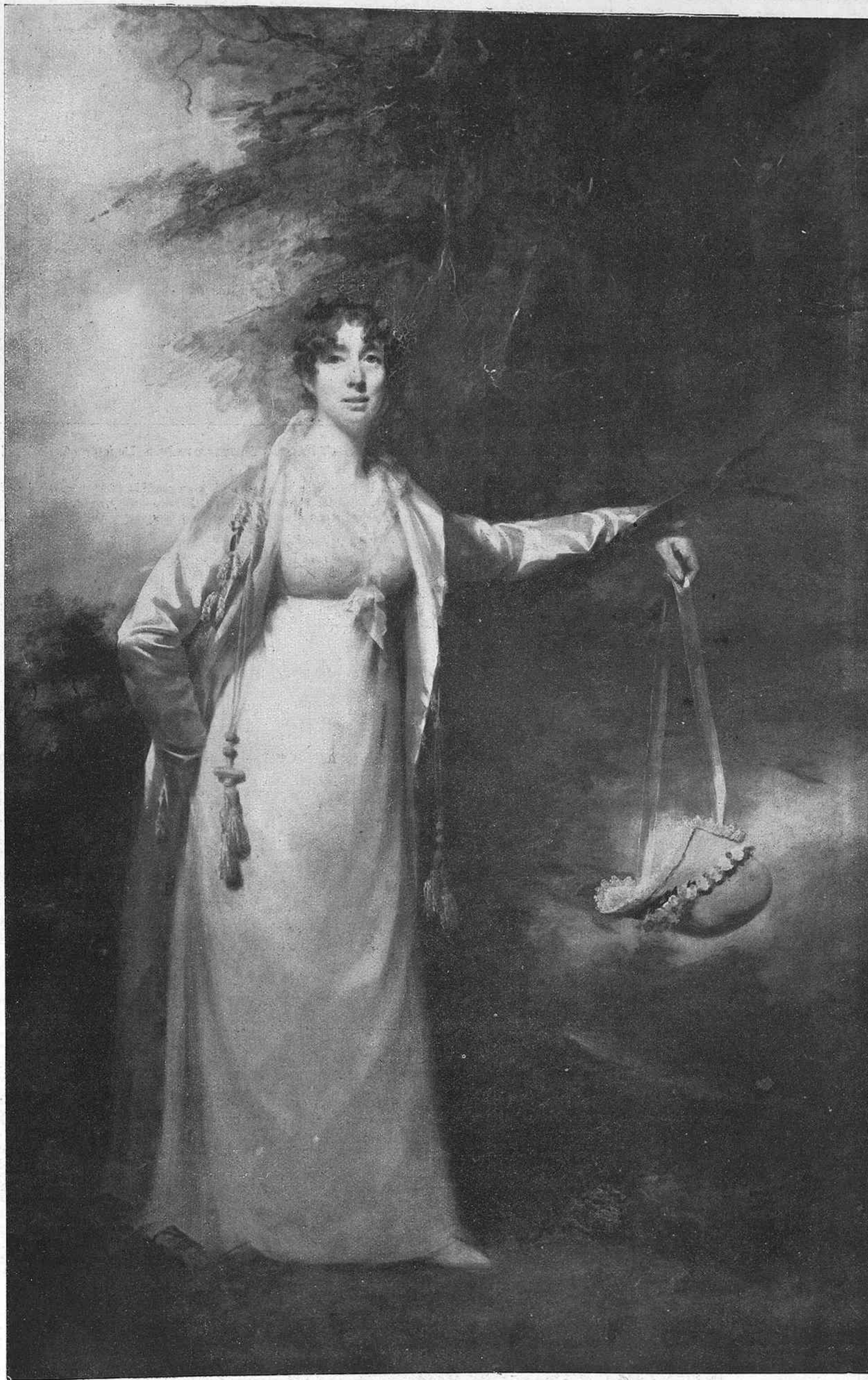


La edad feliz, cuadro de Enrique Pforr

todavía para soportarlos, ha de resentirse fatalmente de ellos.

Añádanse á esto el esfuerzo físico é intelectual y

UNA OBRA DE RAEBURN POR LA QUE SE HAN PAGADO 557.500 PESETAS



RETRATO DE MRS. ROBERTSON WILLIAMSON

Este cuadro, por el cual se han pagado recientemente 557.500 pesetas, ha batido, como se dice en lenguaje deportivo, el record de las ventas en pública subasta efectuadas en Londres, record que hasta ahora pertenecía a un retrato de señora pintado por Hoppner y que en 1901 fué vendido por 362.500. La venta del cuadro se efectuó en la conocida casa Christie y la primera puja fué de 25.000 pesetas.

Es digno de notarse que en 1877 por cuarenta y nueve retratos de Raeburn no se pagaron más que 150.000 pesetas; veinte años después uno solo de los lienzos que componían aquel lote se vendió en 31.500.

Enrique Raeburn, llamado el Reynolds escocés, nació en Stockbridge en 1756 y falleció en Edimburgo en 1823.

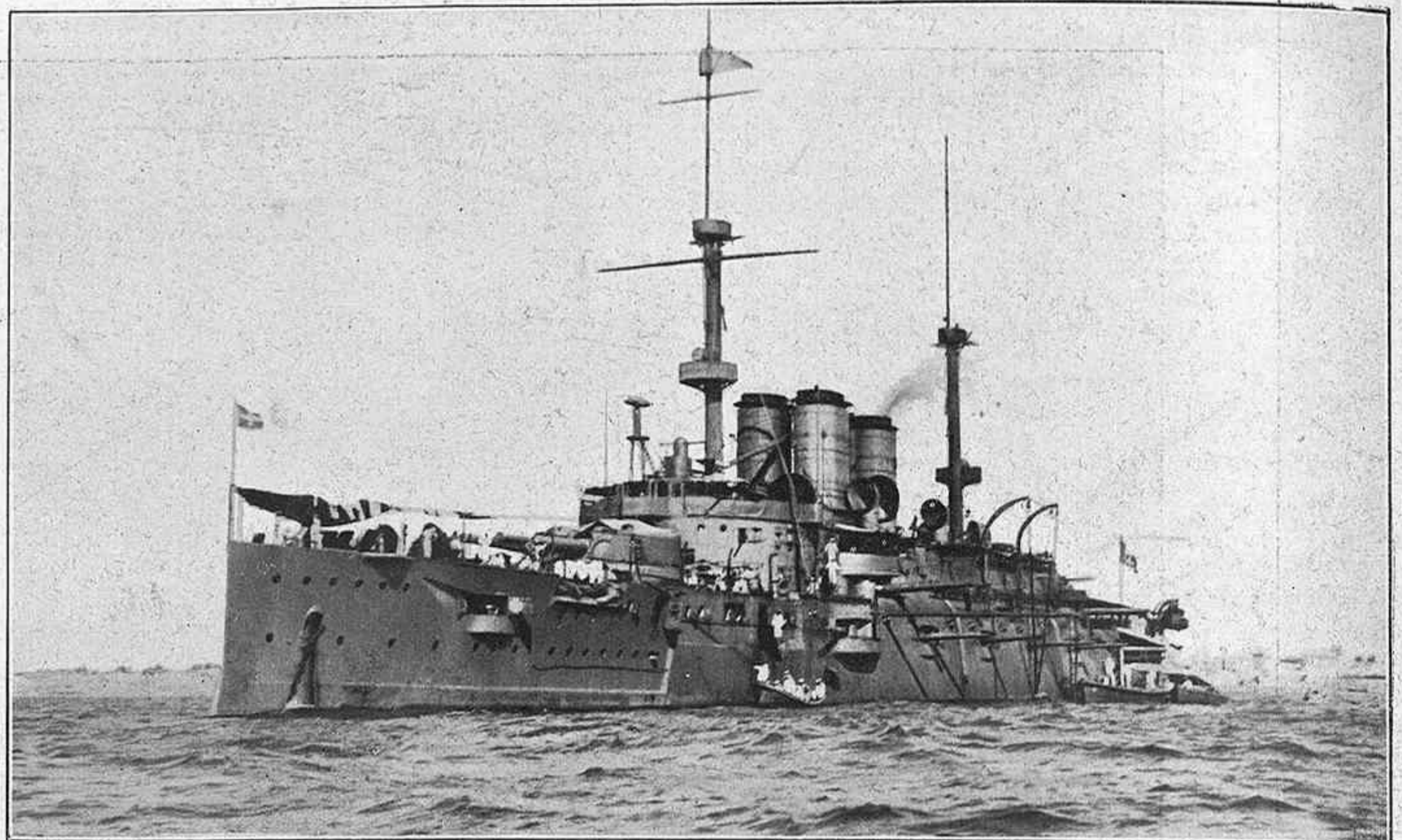
GUERRA DE ITALIA CONTRA TURQUÍA

Tiempo hace que Italia tiene puestas sus miras en los territorios turcos de Trípoli y de la Cirenaica, situados en el Nor-



El almirante Augusto Aubry, comandante de la escuadra de operaciones contra Trípoli. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

te de África, y en los cuales, según parece, son grandes los intereses de aquella nación.

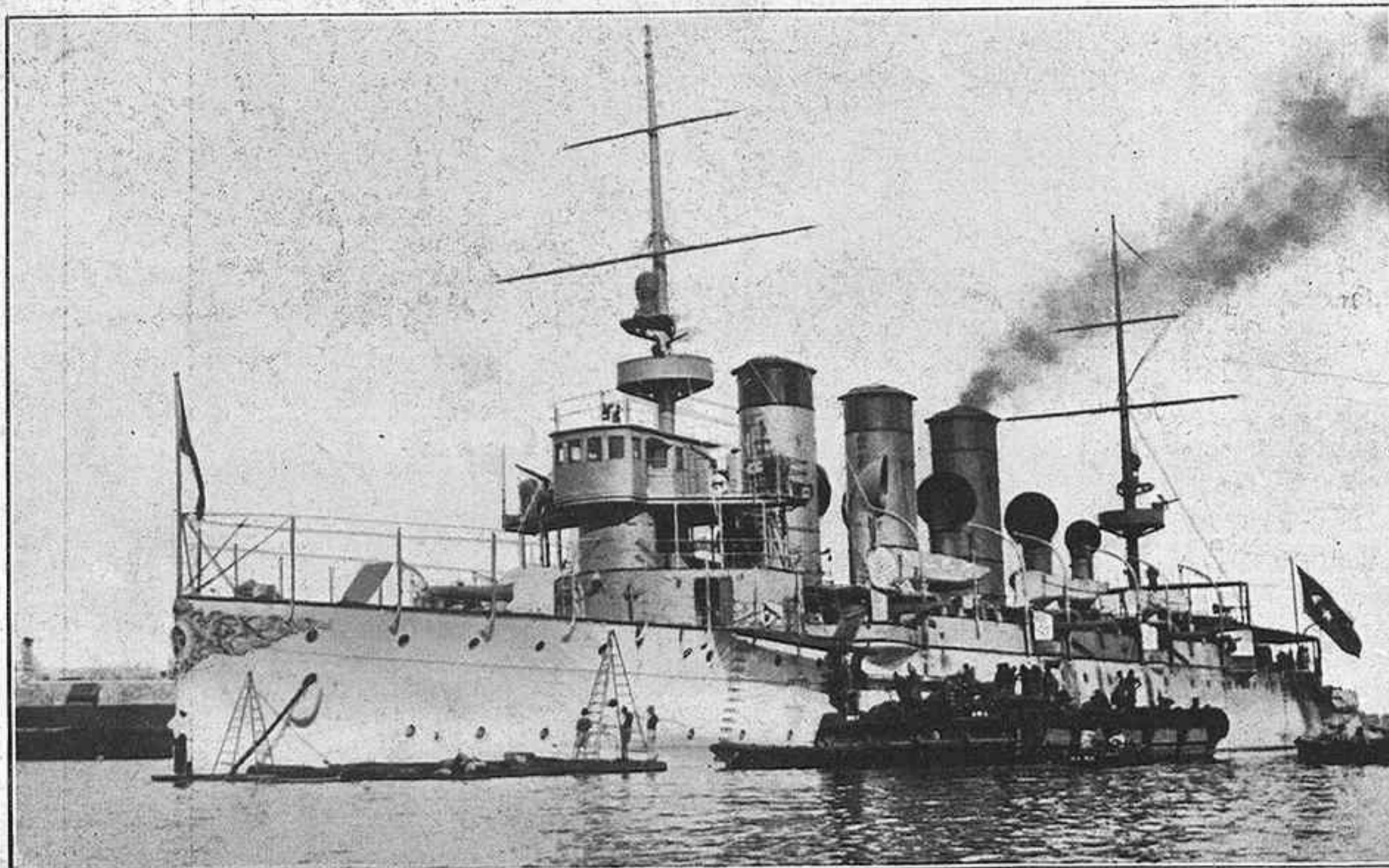


El acorazado italiano «Vittorio Emanuele.» (De fotografía de Harlingue.)

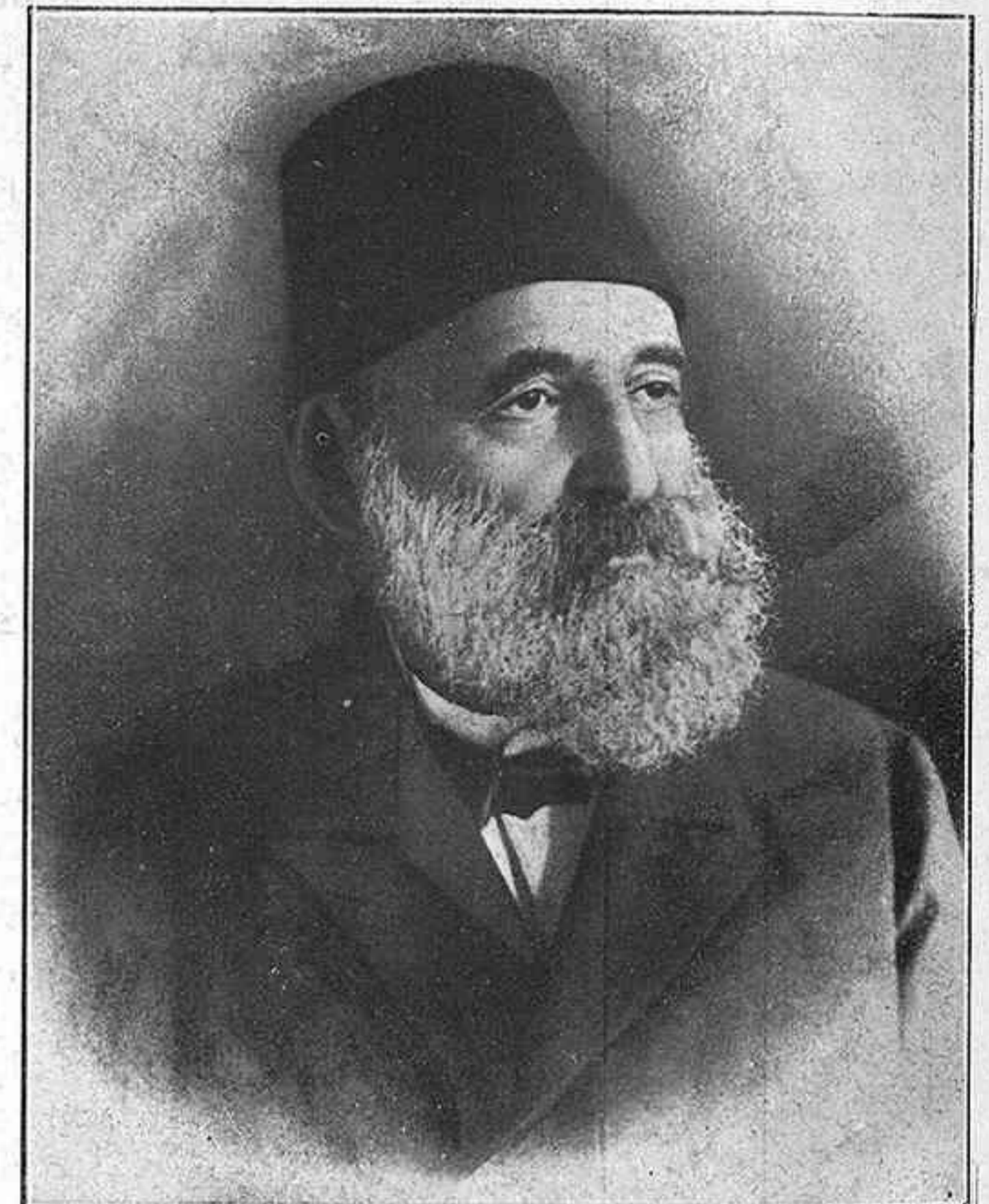
puestos los súbditos italianos residentes en Trípoli, se afirmaba el propósito de ocupar la Tripolitania y la Cirenaica y se concedía un plazo de veinticuatro horas al gobierno otomano para dar una respuesta categórica.

El gobierno turco contestó manifestándose dispuesto a dar todas las satisfacciones necesarias y pidiendo que el italiano diese a conocer la clase de garantías que deseaba y que Turquía suscribiría mientras no afectasen a la integridad de su

quía y en seguida puso en movimiento su flota que, al mando del almirante Aubry, se ha subdividido en tres escuadras destinadas a bloquear y vigilar Trípoli, la Cirenaica y los puertos



El crucero acorazado turco «Medjidji», buque almirante. (De fotografía de Harlingue.)



Said-Baja, nuevo gran visir de Turquía (De fotografía de Chusseau Flaviens.)

La defensa de estos intereses ha movido en distintas ocasiones al gobierno italiano a formular reclamaciones al de Constantinopla; y el hecho de no haber sido estas reclamaciones atendidas ha impulsado a Italia a declarar la guerra a Turquía. Así explican el conflicto los italianos; la explicación de los turcos será seguramente muy distinta, y aunque no han podido exponerla públicamente, habiéndose limitado a lamentar y a protestar enérgicamente contra la injustificada agresión de Italia, en el fondo deben concebir que más que en razones legales y humanitarias, la verdadera causa de tal agresión está en la satisfacción de ambiciones territoriales.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el día 28 de septiembre último el embajador de Italia en Constantinopla presentó a la Sublime Puerta un ultimátum de su gobierno, en el que, después de recapitular los agravios recibidos y de relatar los peligros a que se hallan ex-

territorio. Al día siguiente Italia, estimando esta respuesta como evasiva y dilatoria, declaró oficialmente la guerra a Tur-

del mar Jónico, y su cuerpo de desembarco a las órdenes del general Caneva. La escuadra, hasta ahora, ha echado a pique dos torpederos turcos, ha capturado un transporte con tropas y ha comenzado el bombardeo de Trípoli.

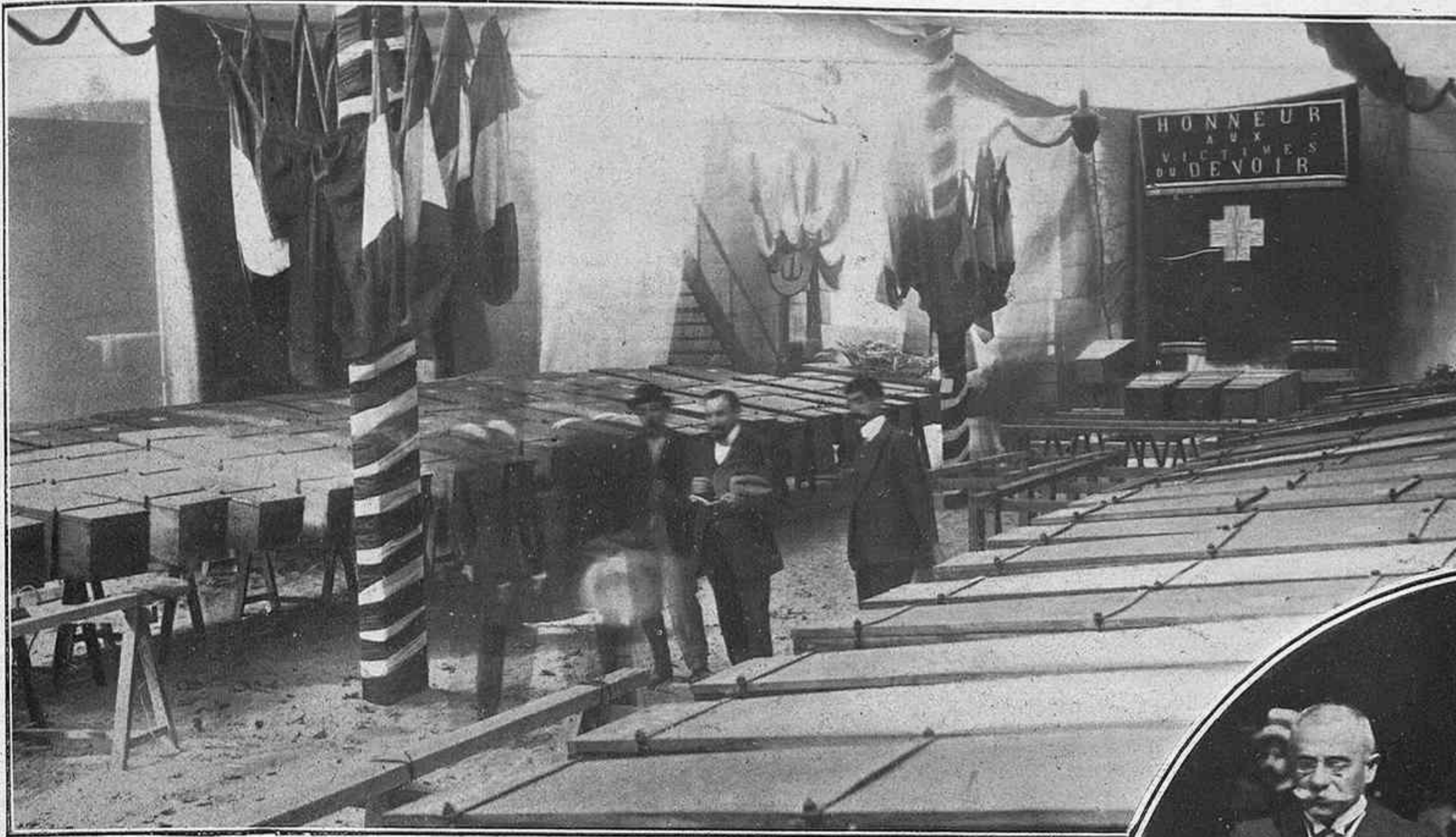
Habíase dicho que los italianos habían desembarcado en Preveza, lo que habría sido de gravedad suma por significar una agresión de Italia a un territorio de la Turquía europea; pero Italia ha desmentido tal noticia, manifestando que su escuadra se ha limitado a bloquear aquel puerto para evitar que los buques turcos, burlando la vigilancia, puedan hostilizar a los transportes y transatlánticos italianos.

El gabinete turco dimisionó a raíz de la declaración de guerra, habiendo nombrado el sultán gran visir a Said-Baja.

Turquía ha dirigido varios llamamientos a las potencias solicitando su intervención para llegar a una pronta conclusión de la paz. - R.



Vista de una plaza de Trípoli A la izquierda, la ciudadela; a la derecha, el castillo del valí. (De fotografía de Harlingue.)



Tolón.—La capilla ardiente de las víctimas del «Liberté» en el hospital de Saint-Mandrier

TOLÓN

DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE DEL «LIBERTÉ»

VISITA DEL MINISTRO DE MARINA Á LOS HERIDOS

ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS



El ministro de Marina Sr. Delcassé saliendo del hospital de Saint-Mandrier después de visitar á los heridos á consecuencia de la catástrofe. (De fotografías de Branger.)

Al día siguiente de la voladura del acorazado *Liberté*, el ministro de Marina Sr. Delcassé fué á Tolón para ver los restos del acorazado y visitar á los heridos en el hospital de Saint-Mandrier. En una de las dependencias de éste habían sido colocados en hileras los cadáveres.

El ministro salió hondamente impresionado de aquella visita.

El entierro de las víctimas efectuóse el día 3, bajo la presidencia del Sr. Fallieres, quien había llegado aquella mañana, acompañado del presidente del Consejo Sr. Caillaux y de los ministros Sres. Delcassé, Messimy, Steeg y Pams.

Desde la estación dirigióse el presidente de la

á Tolón para tributar un homenaje á sus compañeros franceses y todos los oficiales del ejército de mar y tierra de la guarnición de Tolón libres de servicio, y finalmente todas las delegaciones civiles.

Llegada la comitiva al Arsenal, tomó la palabra el presidente de la República, que empezó poniendo en parangón la inmensa pena que en aquel momento embargaba á todos con la alegría y patriótica satisfacción que pocos días antes despertaba el brillante espectáculo de la revista naval efectuada en aquel puerto. Refirióse luego á los pesames y testimonios de simpatía que con motivo de la catástrofe había recibido Francia de todas las naciones y terminó diciendo que á pesar de tan gran desgracia podía el pueblo francés mirar con confianza hacia el porve-

patrióticos, el ministro de Marina Sr. Delcassé, el alcalde de Tolón Sr. Gasquet, el diputado Sr. Abel y el almirante Sr. Bellne.

Terminados los discursos desfilaron por delante



Corona dedicada á las víctimas del «Liberté» por el presidente de la República Sr. Fallieres. (De fotografía de Rol.)

República á la prefectura marítima, detrás de la cual, en la Plaza de Armas, había veinticuatro arzones de artillería tirados por cuatro caballos cada uno, envueltos en paños negros y cubiertos materialmente de coronas. En el centro de la plaza estaba el obispo de Frejus, monseñor Guillibert, rodeado de todo el clero de Tolón y de las poblaciones vecinas. Después de cantados los responsos, púsose en movimiento la fúnebre comitiva. Abrían la marcha un pelotón de húsares y una sección de gendarmes de la marina; seguía una banda de música militar y las coronas oficiales, luego el obispo y el clero, los veinticuatro arzones de artillería, cada uno de ellos con siete féretros, las familias de las víctimas y el presidente de la República con su acompañamiento; detrás iban los oficiales extranjeros que habían acudido



El presidente de la República Sr. Fallieres pronunciando un discurso ante los féretros de las víctimas del «Liberté». (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

nir seguro de que su marina ha de proseguir con viril firmeza en sus gloriosos destinos. Hablaron á continuación, en términos sentidos y

de los féretros y de la presidencia todas las fuerzas de mar y tierra, y el presidente de la República y su séquito se dirigieron á la prefectura.—R.



EN LA ARCADIA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE A. PLAUZEAU, grabado de Ricardo Bong

EXCMO. SR. D. ANTONIO GARCÍA ALIX

Este eminente hombre público, una de las más salientes figuras del partido conservador español, hace poco fallecido en Madrid, había nacido en Murcia en 28 de agosto de 1832 y



Excmo. Sr. D. Antonio García Alix, fallecido en Madrid el 29 de septiembre último. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

se había recibido de abogado en 7 de marzo de 1874, obteniendo el premio en la licenciatura. Explicó, como auxiliar, varias asignaturas en la Universidad libre de aquella capital y demostró sus excelentes condiciones oratorias, así en el ejercicio de la abogacía como en las conferencias que dió en la Juventud católica.

En los Juegos florales celebrados en Murcia en 1873, obtuvo un premio por su poesía *La batalla de los Alporchones*, y en los de 1876, en que había de ser mantenedor el ilustre político D. Lope Gisbert, como éste avisara que no podía ir, fué invitado el joven García Alix á substituirle y en pocas horas preparó su discurso, que presagió ya su porvenir de orador brillante y profundo.

En 1877, previa oposición, ingresó en el cuerpo Jurídico militar, siendo destinado de asesor al gobierno militar de Melilla, en donde adquirió gran conocimiento de las cuestiones africanas.

Sirvió después en la capitanía general de Andalucía, hasta su ascenso á teniente auditor; entonces pasó á Ceuta y allí desempeñó durante tres años el cargo de auditor interino de la plaza. A propuesta del Consejo Supremo de Guerra y Marina fué nombrado relator de dicho alto tribunal y después teniente fiscal togado del mismo.

Desde el primer momento destacóse su personalidad en las Cortes, figurando en las comisiones parlamentarias del jurado y del sufragio universal; pero cuando adquirió mayor relieve fué al intervenir en la discusión de las reformas del general Cassola, que tanto apasionaron á la opinión pública y en especial á los institutos militares.

Muerto aquel general y después de haberse mantenido durante algún tiempo en actitud independiente, afilióse al partido del Sr. Gamazo, pero á consecuencia de una cuestión relacionada con la Hacienda pública separóse de él y recabó de nuevo su libertad de acción.

Su intervención en las discusiones que siguieron á la primera campaña de Melilla y en las que una vez más demostró sus profundos conocimientos en los asuntos africanos, determinó al ilustre Cánovas del Castillo á requerirle para que ingresase en el partido conservador, como así lo hizo. Al ocupar los conservadores el poder en 1895, el Sr. García Alix fué nombrado subsecretario de Gracia y Justicia, y cuando dos años después fué asesinado el Sr. Cánovas, contribuyó mucho á la reorganización del partido y á la consagración de la jefatura del Sr. Silvela, quien, al encargarse del gobierno en 1900, le confió la cartera de Instrucción Pública, en cuyo desempeño supo fomentar y dignificar la enseñanza.

Muerto el Sr. Silvela, púsose al lado del Sr. Villaverde y al formar éste gabinete, en 1903, nombróle ministro de la Gobernación; fué también con el Sr. Villaverde ministro de Hacienda en 1905.

Al fallecer el Sr. Villaverde, acató la jefatura del señor Maura, habiendo desempeñado, durante la última situación conservadora, el gobierno del Banco de España.

El Sr. García Alix, que poseía numerosas condecoraciones y formaba parte de las Academias de Bellas Artes y Ciencias Morales y Políticas, era hombre de clarísima inteligencia, de excepcional entereza de carácter y de gran bondad y un perfecto caballero.

Su muerte, que ha sido sentidísima, pues el Sr. García Alix gozaba de generales simpatías, constituye una gran pérdida para el partido conservador.

¡Descanse en paz!

SANTUARIO GRECO-IBÉRICO, CUADRO DE GARNELO

Varios son los lugares ó sitios de la península en los cuales se conservan vestigios de templos y santuarios en donde rindieron culto á sus divinidades los pueblos primitivos. En todos ellos han practicado provechosas investigaciones arqueólogos tan eminentes como Amador de los Ríos, Cánovas del Casti-



Santuario greco-ibérico, cuadro de José Garnelo y Alda

Entró en el campo de la política, allá por los años de 1883 y 1884, como director del diario madrileño la *Gaceta Universal*, adicto al general Cassola y que seguía la política del centro liberal que inspiraba el Sr. Alonso Martínez.

Al ser elegido por primera vez diputado á Cortes, en 1886, por el distrito de Yecla, quedó en situación de reemplazo. Después fué elegido sin interrupción por la circunscripción de Cartagena. También ha representado en el Congreso el distrito de Cárdenas (Isla de Cuba).

llo, Riaño, Rada y Delgado, etc., sin que sus estudios hallaran quien les diera una artística representación, hasta que recientemente nuestro amigo, el erudito pintor Garnelo, impuesto de los trabajos realizados por tan ilustres personalidades, acometió la difícil labor de reconstituir un santuario primitivo ajustado á la verdad histórica, ateniéndose á los elementos conocidos, como la interesante representación escultórica de la Sacerdotisa de Elche.

La obra llevada á cabo por Garnelo merece cumplidos elo-

gios, tanto como producción pictórica, como por ser un documento propio para el estudio de un período asaz remoto, puesto que las figuras, su indumentaria y joyeles característicos y los pormenores todos que integran la obra, están ajustados á la verdad histórica.

MADRID. - IMPOSICIÓN DE FAJAS

Á LOS NUEVOS CAPITANES DE ESTADO MAYOR

Bajo la presidencia de S. M. el rey D. Alfonso XIII efectuóse con gran solemnidad esta ceremonia en la Escuela Superior de Guerra el día 2 de los corrientes.

La sala de esgrima, en donde se realizó el acto, estaba ador-



Madrid.—Nuevos capitanes de Estado Mayor á quienes S. M. el rey impuso solemnemente las fajas en la Escuela Superior de Guerra el día 2 del actual. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

nada con tapices de la Casa Real y panoplias que ostentaban atributos de todas las armas. El monarca y los infantes don Carlos y D. Fernando ocuparon los sillones colocados en lugar preferente del estrado, sentándose detrás de ellos el ministro de Marina, el capitán general de Madrid y varios generales; á la izquierda del estrado estaban los nuevos capitanes de Estado Mayor y á la derecha los invitados.

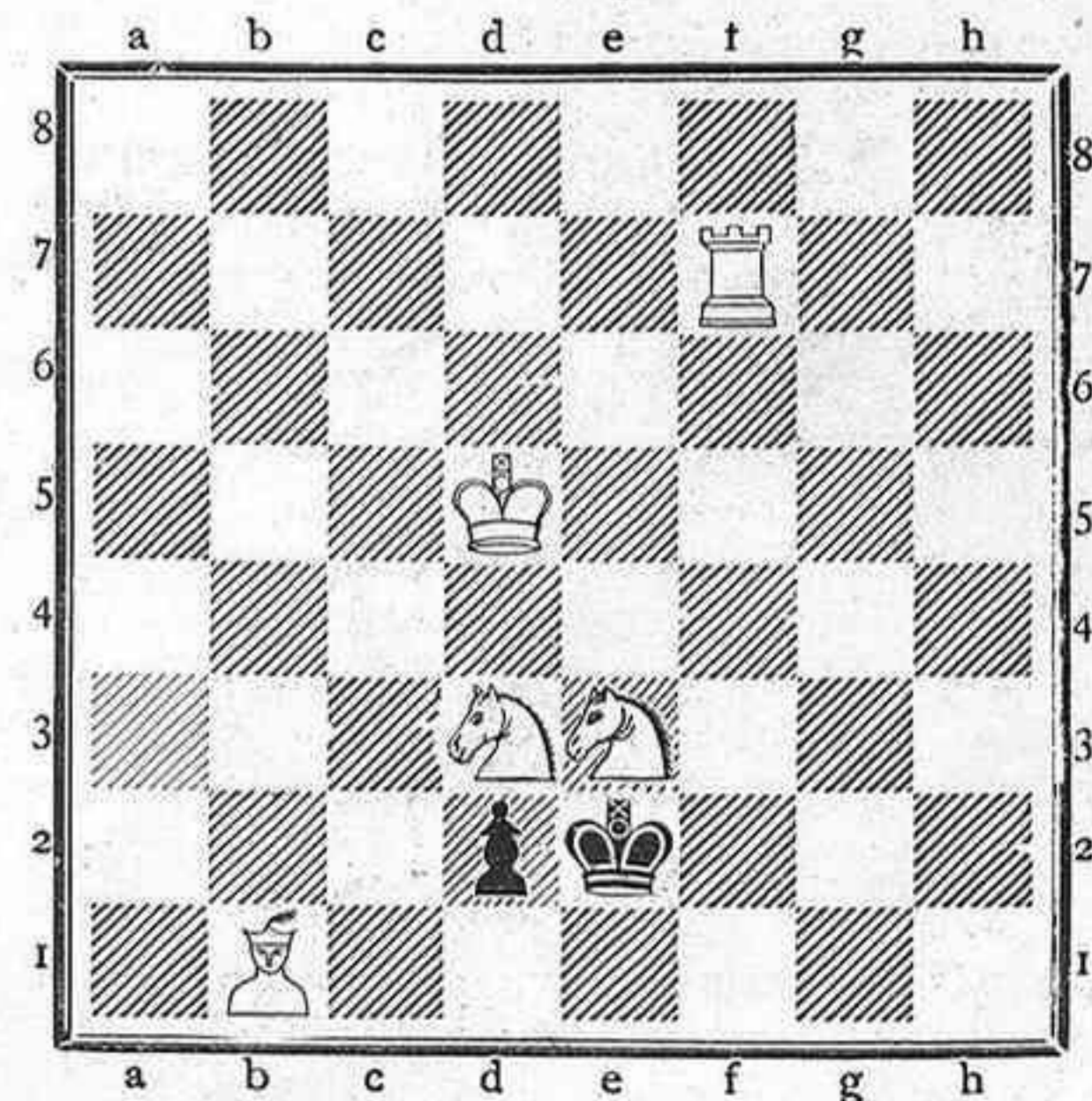
Leída la lista de los nuevos capitanes, S. M. el rey impuso la faja al primero de la promoción, imponiéndola á los restantes los infantes, el ministro, los generales y el director de la Escuela. Terminada la imposición, el monarca pronunció un elocuente discurso felicitando á los que acababan de tomar el distintivo del cuerpo, señalando la misión del Estado Mayor, haciendo alusión á las actuales operaciones en el Rif y dedicando un recuerdo á los que allí se batían denodadamente por nuestra bandera. Después dióse un viva al rey, que fué contestado con gran entusiasmo.

Los nuevos capitanes son los Sres. Villanueva López, Seguí Almuzara, Ramírez Ramírez, Galarza Morante, Santiago Guerrero, Castro Dávila, Ríos Rabanera, García Espinosa, Quintana Berjano, Gonzalo Victoria, Bris Sanz, González Simeoni, Etayo Eparza, Bayo Lucia, Nieto Lamas, García Alarcón, Haro Ladrón de Guevara, Aribós Sena y Sánchez Plasenci.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 572, POR PH. H. WILLIAMS

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 571, POR W. J. BAIRD

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas | Nebras |
| 1. R c 4 - c 3 | 1. R e 4 - d 5 |
| 2. R c 3 - d 3 | 2. R d 5 - c 5 |
| 3. R d 3 - e 4 | 3. R c 5 - c 4 |
| 4. T f 6 - b 6 mate. | |

LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

—Señorito Antonio, díjole Talia en tono lastimero; la señora no está en sus cabales; va y viene y se pasa todo el día enredando con unos papelititos. Se pone á cloquear como una llueca en cuanto le hablo de ayudarla, si señor, sólo hablando de ayudarla. ¡Se figura que soy una holgazana!

—Pero ¿qué es lo que hace?, preguntó Ferronnaye inquieto.

—Pues vagar como un alma en pena en medio de sus cuadros y de sus chucherías. Crea usted que lo que hace no es natural...; continuamente está pegando papelititos... Además tose sin cesar; tiene algo roto en el pecho y está usted seguro de que cualquier mañana me la encontraré muerta...; pero muerta de verdad... Debería haber una ley que obligase á las personas enfermas á cuidarse... No puedo hacerle tomar ni una mala tisana; se empeña en beber sólo agua, ¡y fría!

Talia se estremeció al decir esto.

—¡Qué le vamos á hacer!, dijo Antonio. Haga usted lo que pueda, y avíseme si ocurre alguna novedad.

—Descanse usted, señorito Antonio. Y ya le digo que es usted muy bondadoso no dejándome sola en medio de todos estos apuros.

Al marcharse, pensó Ferronnaye que todo iba á pedir de boca. En caso necesario, Garés sería suficiente para hacerla encerrar, sobre todo si se apelaba á una estratagemas; y si se practicaba una información, la vecindad, bien preparada desde hacía tiempo, se mostraría indudablemente antipática á la vieja loca. Lo más delicado era encontrar alguien que quisiera llevarla hasta el asilo, engañándola, contándole alguna historia; la persona más indicada para esto era Laty, pero Ferronnaye presentía confusamente que al grabador no le gustaría auxiliarle en este asunto. Entre Carlos Jorge y la solterona había nacido una complicidad misteriosa, inexplicable, pero cierta; y de ello pudo convencerse Antonio el día en que, preparando el terreno, habló á Laty de la locura de Isabel y de la urgencia de los cuidados que debían prodigarsele.

—Pero si no está loca, dijo el grabador, se lo aseguro á usted... Todo lo más, padece una falta de memoria y aun sobre cosas determinadas... Y la mejor prueba de ello es su preocupación de luchar contra los efectos de su ausencia, de crearse medios que la ayuden á recordar.

—Pues aunque así sea, amigo mío ¿por qué no había de pasar algunas semanas en un sanatorio para cuidar su salud general?

Estos establecimientos le inspiran horror.

—Sin embargo me recordaría la conciencia si mi tía sucumbiese por falta de cuidados, murmuró Ferronnaye.

Laty asombróse de aquella solicitud y no porque dudase de que fuese sincera, sino porque la juzgaba en contradicción con la especie de cólera en otro tiempo manifestada por el editor. Éste se sonrojó ante el silencio del joven y hubo de guardarle rencor porque no asentía á sus palabras, pues exigimos de

aquellos á quienes debemos favores que lleguen hasta el fin, so pena de perder todo derecho á nuestra gratitud. Como un hombre que se examina para hablar

descubierto; ello no obstante, no se dejó desmontar y defendió enérgicamente la causa de la coleccionadora:

—Piénselo usted bien, mi buen amigo; se lo ruego. Quizás llegaré á persuadirlo...

Ferronnaye quedóse atónito, espantado al oír esta proposición.

—¡Qué demonios! ¡Para qué tantas consideraciones á una vieja imbécil y testaruda... La conozco mejor que usted. Si no quiere usted reñir con ella, y esta riña podría perjudicar mis asuntos, no le hable usted de médicos. Hace usted mal en no dejarme obrar. A su edad, con la mengua de sus facultades, mi tía es una especie de niño.

—No, no, respondió Laty; no es tan niña como usted supone. Sabe muy bien lo que quiere y á mí mismo me ha manifestado el horror que siente por los asilos y los hospitales.

—A pesar de todo, es menester cuidarla, refunfuñó Ferronnaye.

Y cuando alzó los ojos, tenían éstos una expresión de cólera.

De aquella conversación arrancó la resolución de Antonio de acabar el asunto lo más pronto posible y de ello habló en familia repetidas veces. A Jacobita le disgustó la idea del encierro de la pobre anciana, é Irene la desaprobó también, pero más por miedo á los escándalos y á las complicaciones, pues su información cerca de los proveedores de Isabel la había convencido de la locura de éste. Pero Ferronnaye volvió tan á menudo á la carga que al fin logró que la pequeña rebeldía se adormeciese en el alma de su esposa y de su hija. Por otra parte, repetía que la solterona sólo estaría encerrada durante un tiempo limitado y que luego volvería á su casa debida-

mente vigilada, y las dos mujeres acabaron por creer en su bondad, ó en su sinceridad cuando menos. En este mundo se condena fácilmente á aquellos á quienes no se ve jamás.

—No quiero fingirme mejor de lo que soy, decía Antonio; la idea de abandonar una casa llena de tesoros me exaspera, porque cuando llega este caso todo el mundo roba. Quiero, pues, estar prevenido y que uno de nosotros vaya inmediatamente á la casa mortuoria.

—¡Pero, papá, si no ha muerto!

—Ha tenido un ataque y cualquier día puede tener otro.

Era difícil substraerse á la influencia de un hombre imaginativo como Ferronnaye, el cual refirió tantos rasgos extravagantes de la solterona, que Irene y Jacobita se convencieron del peligro de dejarla sola y sin cuidados. Garés ayudó á esta obra con frases de médico que no ve más que la enfermedad y para quien el hospital es un puerto de salvación y no una mansión horrenda.

Desde aquel momento, Ferronnaye no se dió punto de reposo. En su mente agitada surgían mil imágenes de cambios inesperados de fortuna que le mostraban á su tía ocupada en modificar su testamento. Y llegaba hasta á incriminar la actitud de



Jacobita le miró con cierto asombro...

conforme á su conciencia, dijo lentamente:

—No soy un bruto, y aunque la vieja avara piense lo contrario, no deseo su muerte; mejor diré, no deseo «materialmente su muerte,» porque no puede uno impedir que la imaginación haga de las suyas. Si para conseguir su desaparición no tuviese yo más que pronunciar una palabra, no la pronunciaría; mi indignación contra su testamento absurdo dista mucho del deseo de que se muera.

Se detuvo para juzgar el efecto de sus frases y observó que el efecto había sido profundo; Laty estaba radiante de satisfacción. En vista de ello, preguntóse si sería conveniente avanzar algo más y obtener una ayuda decisiva; un presentimiento, empero, le contuvo dentro de los límites prudentes.

—No creería yo hacer ningún mal obligándola, durante algunas semanas, á someterse á cuidados serios, bajo la dirección de los médicos.

—Es evidente que está muy enferma y que hace mal en no cuidarse; pero parece tener apego á su sistema y por unos meses más ó menos...

Estas palabras hicieron sonreír á Ferronnaye.

—¿De veras?, dijo. Cuando le da á usted por ser feroz... ¿Habría usted de otro modo si fuese usted su heredero?

Laty se sonrojó como si su secreto hubiese sido

Carlos Jorge, porque el editor pertenecía á esa categoría de hombres que temen tanto menos llevar sus sospechas al último extremo cuanto que luego las desechan con más facilidad.

Por otra parte, Laty se prestaba algo á la sospecha, porque si bien su amistad se manifestaba tan viva como antes, no hablaba, sin embargo, tan libremente de Isabel y se limitaba á decir que el famoso sobre continuaba en su sitio, que era, por lo demás, todo lo que deseaba Ferronnaye. El joven, muy ocupado en su arte, iba regularmente todos los sábados á casa del editor; algo debilitado por las vigias, sentía su amor por Jacobita de un modo más enfermizo. Se ha hablado muchas veces de los beneficiosos efectos del trabajo para distraer de una pasión excesiva, pero se ha olvidado la marcha de la idea fija en el claroscuro de la inconsciencia. Así que soltaba su buril, Carlos Jorge sentíase cogido por su amor como si éste fuese un ladrón emboscado, y como no había tenido tiempo de prepararse, cada vez sufría una derrota. Habíase jurado no acoger la esperanza, pero ésta se insinuaba en él en la brusquedad de aquellos despertamientos, y le costaba lo que no es decible volver á ponerse sobre sí. Cuando veía á la joven, se acordaba de todo lo que de ella se había imaginado y así su mal se agravaba todavía. Poco á poco sufrió mucho, sin saber por qué; su frente inquieta, sus facciones ligeramente enflaquecidas, alarmaron á Ferronnaye.

Y alarmaron, además, á otra persona. Isabel se interesó por la pena secreta del pobre muchacho, siendo difícil decir si la adivinó, aunque es muy probable que así fuese, dada la ingenuidad insuperable del amor. La solterona hizo á veces recaer la conversación sobre Jacobita y dejó que Carlos Jorge se desahogara á su gusto; y este sencillo rasgo le abrió el corazón del enamorado, el cual, á su vez, escuchó con interés las anécdotas de Isabel y entró, primero con complacencia y con placer después, en el secreto de sus riquezas. Tantas cosas hermosas le deslumbraron y su admiración casi infantil, su afabilidad y su sonrisa fueron para la solitaria el último rayo de una existencia miserable. Isabel se sentía morir y, lo que la afligía más que todo, morir por el cerebro, por aquella voluntad de que se había sentido orgullosa, y por vez primera quizás se imaginaba la dulzura de tener un hijo parecido á aquel Carlos Jorge, tan cariñoso, tan adicto y tan artista al mismo tiempo. Si él era un gozo para ella, ella era para él un reposo, su única amiga, casi una confidente; y acariciaba la secreta esperanza de conquistar bastante imperio sobre ella para inducirla á dar de buen grado su fortuna á Ferronnaye.

Un día le dijo Isabel:

—Mañana necesitare de usted para lo del codicilo.

—¿Ha reflexionado usted bien? ¿No he sabido convencer á usted de la injusticia que comete con los Ferronnaye?

La solterona no se enfadó, sino que respondió sencillamente:

—He meditado mucho lo que voy á hacer; si me equivoco, tanto peor para mí... A mi vez, sólo pido á usted que no proceda á la ligera cuando lea el codicilo que le entregaré... Reflexione usted..., y no olvide que á pesar de haber sido un corazón seco, no por esto he dejado de conocer á los hombres casi tan bien como conozco las chucherías y las obras de arte. Aunque sólo retengo un pequeño número de características, éstas son seguras y ni Ferronnaye, ni su familia, ni usted mismo han escapado á mi pequeña inquisición... Debo á los artistas mis mayores goces en este mundo y á usted le considero como un puro artista; únicamente esto ha de ver usted en la simpatía que me inspira.

—Quizás no soy tan digno de ella como usted se figura, respondió Carlos Jorge con aquella generosidad en él innata.

Al día siguiente encontráse Laty en casa de la coleccionadora con un caballero alto y rojo, de aspecto respetable, y con dos sujetos que eran unos comerciantes matriculados del barrio.

—Señor notario, dijo Isabel dirigiéndose al caballero rojo, tengo el gusto de presentarle al Sr. Laty. ¿Quiere usted explicarle lo que espero de él?

El notario pasóse la mano por un magnífico tupé que le tapaba media frente, y, marcando las frases, comenzó lo que él llamaba un relato de la situación.

—La señorita Ferronnaye, aquí presente, declara que me entrega, en mis propias manos, ese testamento que contiene sus últimas voluntades y que ha sido todo él escrito de su puño y letra. Voy á tener el honor de poner los sellos á ese documento en presencia de usted. La señorita Ferronnaye me confía la custodia del mismo sin darme á conocer su contenido, y confiará otro, que introduce algunas modifi-

caciones en aquél, á D. Carlos Jorge Laty. Este último testamento, por ser posterior, anulará el que me es confiado; sin embargo, en caso de pérdida ó de destrucción, y sobre esto llamo nuevamente su atención, señorita, el testamento que usted me entrega sería la expresión auténtica de su voluntad. De aquí que sería más seguro para usted entregarme el que más le interesa.

Laty se estremeció, porque de hacerse lo que el notario decía, el delito habría sido inútil y Ferronnaye habría quedado desheredado. Pero Isabel declaró que quería dejar el último testamento en manos de Carlos Jorge con plena libertad de conservarlo ó destruirlo; y una vez cumplidas todas las formalidades, el notario se retiró con los testigos.

—Y ahora, dijo el grabador ¿está usted tranquila señorita?

—No del todo..., pero confío vivir aún algunos años y entonces habrá usted reñido con Antonio, ó, por lo menos, comprenderá usted mejor la vida, verá usted claro...

—¡Dios me libre de ello!, exclamó Laty.

—¿Y por qué habría de ser usted eternamente la víctima de todos los intrigantes que le rodean?

En el entretanto, Ferronnaye no omitía nada para llegar á su objetivo. La cosa no iba tan llanamente como él esperaba y á medida que avanzaba en la realización de su plan, encontraba dificultades. La primera procedió de Garés que desaconsejaba rotundamente las vías administrativas aunque sabía que la ley da grandes facilidades á las familias.

—Con el carácter que he podido reconocer en su tía, decía el doctor, se rebelará, gritará, dará un espectáculo chocante ó escandaloso. Por lo demás, para estas cosas se recurre generalmente á la astucia.

—¿Pero qué astucia dará buen resultado con esa vieja testaruda?

—Esto es cuenta de usted... Y añadiré ahora que desearía la cooperación de otro médico.

—Ya sabe usted que ella no consentirá en esto jamás.

—Y sin embargo es preciso. Puede usted recurrir á una estratagema; usted, que es hombre de imaginación la encontrará... La indicación más elemental es halagar las manías de la loca...

Callóse para observar si Ferronnaye le escuchaba con verdadera atención, porque tenía el hábito de los clientes atentos en apariencia y que, sin embargo, no oyen una sola palabra de lo que se les dice.

—Halagar las manías, repitió... El sujeto es una coleccionadora; pues bien, me parece que el campo que se ofrece es vasto...

El consejo pareció acertado á Antonio, quien, desde aquel momento, se dedicó á frecuentar el mundo de aficionados y de vendedores de curiosidades. Aquellas gentes consideraban á Isabel como una mujer original pero de ningún modo loca; tenía, sin embargo, entre ellas enemigos y Ferronnaye acabó por dar con algunos de éstos.

Llamóle especialmente la atención un tal Verteillac, hombre muy pálido, de cabellos grises, labios delgados y con una de esas cabezas popularmente tenidas por dignas y respetables y que, al modo de las caretas, están adornadas con patillas económicas y bigotes escasos. Sus ojos languidecían entre párpados azulados; la nariz, demasiado fina y surcada de hoyos en su base, parecía una navaja de afeitar; y unos hombros muy pequeños, un pecho de pollo. Gracias sin duda al poco peso de su cuerpo se mantenía muy derecho, como un adolescente. Una voz cavernosa hacía retumbar los huesos de aquel engendro. Detestaba á Isabel Ferronnaye porque ésta en dos ocasiones distintas se había quedado con dos cajas japonesas que él tenía gran empeño en adquirir, cosa que le había exasperado tanto más cuanto que la solterona no se dedicaba á coleccionar objetos del Japón y ni siquiera había conservado aquellas dos cajas de laca exquisita, sino que las había trocado por unas viejas porcelanas de Sevres. El tal Verteillac hallábase, por consiguiente, dispuesto á jurar que Isabel estaba loca, con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de un perro ó de un gato; la escasa vida que en él se agitaba no parecía suficiente para crearle una conciencia, y carecía en absoluto de la fuerza de identificación que es nuestro gran factor de piedad. Ferronnaye, que obraba guiado por su instinto, supo adivinar el odio de Verteillac y después de haberle sondeado bien antes de comprometerse, al fin se aventuró.

Cuando el editor habló de Isabel, de su enfermedad, de su locura, Verteillac sintió una alegría que no llegó á la superficie de su cuerpo, una inmensa alegría interior. Antonio temió por un momento haberse equivocado, mas como tenía prisa por salir del paso cuanto antes, formuló su petición, sucediera lo

que sucediese. ¿Consentiría Verteillac en rogar á la loca que le acompañase á Boulogne para ir á ver algunas curiosidades en casa de un coleccionador? Los ojos languidecientes de Verteillac relucieron con un ligero brillo fosfórico.

—Déjeme usted á mí arreglar este asunto, respondió; usted solo nada conseguiría. Nosotros sabemos muy bien lo que hay que hacer entre coleccionadores, y con mucho gusto haré á usted ese favor. ¡Pobre señora! No esperaba yo golpe semejante.

El editor quedóse sorprendido ante aquella conciencia humana encontrada en el punto preciso para llevar la cosa á buen término, y regresó á su casa pensativo, casi desasosegado, preguntándose si sería realmente un malvado, porque somos más sensibles á las comparaciones de hombre á hombre que á los razonamientos, y una idea criminal toma á nuestros ojos proporciones extraordinarias por el solo hecho de encarnarse en un individuo.

Verteillac procedió con toda parsimonia, no sólo por natural prudencia, sino también para saborear su venganza, y comenzó por encargarse de introducir al segundo médico en casa de la vieja loca. Este segundo médico era un tal Gravois, que vivía en el barrio y á quien Garés explicó la repugnancia que á la enferma inspiraban la medicina y los que la ejercen. Esto bastó para que Gravois formase desde luego malísimo concepto de Isabel; eso de que un hombre acostumbrado á entrar en todas partes con la frente erguida hubiera de tomar absurdas precauciones para visitar á la solterona, sólo podía explicarse tratándose de un caso de locura.

—Esta es también mi opinión, decía Garés; pero es posible que sea una simple fobia... Por mi parte, he creído comprobar una locura razonante, acompañada de perturbaciones de la memoria y de una sobreexcitación característica. La buena señora padece, además, una bronquitis doble, bastante grave, con algunos síntomas cardíacos... Aunque no he podido cerciorarme bien de ello, la tos profunda y la faz cianótica me han servido de puntos de apoyo para formular el diagnóstico... El sobrino quisiera someterla á un tratamiento médico y si usted opina como yo, la pondrá en observación en casa de Taboureau.

—De todos modos el sobrino me parece hombre razonable.

—Sí, pero el asunto es delicado. En fin, usted verá.

Para introducir á Gravois en casa de la coleccionadora, Verteillac se lo presentó como una persona deseosa de ver un cuadro de Monet que aquella había comprado en otro tiempo, antes de que ese pintor alcanzase tanta fama. Isabel estaba muy orgullosa de aquel lienzo que muchos aficionados denigraban; y Verteillac, que conocía este detalle, supo aprovecharlo hábilmente, presentando á Gravois como muy entendido en pintura.

—Traígamele usted, había dicho la solterona.

Gravois representó á las mil maravillas su papel: cuadróse delante del cuadro, se bajó, alejóse, guiñó los ojos, lo miró de cerca y al fin declaró:

—¡Sorprendente!

—¿Lo cree usted así?, preguntó Isabel radiante de satisfacción.

La alegría le hizo toser.

—Buena bronquitis tiene usted, señora, dijo Gravois haciendo recaer la conversación en la medicina.

—¿En dónde ha leído usted que pueda uno substraerse á su destino?

—Yo en su lugar consultaría.

—¡No hable usted de esto en esta casa!, exclamó la solterona con cómica energía.

Gravois no insistió y mudó de conversación.

—¡Qué colección tan hermosa tiene usted, señora!

—¡Oh!, dijo Verteillac. No costaría mucho encontrar en ella algunos apócrifos.

—¿Qué es lo que hay apócrifo aquí, Sr. Verteillac?

—No se enfade usted, replicó éste; todo el mundo puede equivocarse y usted no es infalible como Dios.

—Aquí no hay más que obras auténticas, respondió Isabel enfadada de veras; y ¿quiere usted que le diga por qué? No se necesita para conseguirlo ser ningún brujo. Pues sepa usted que es porque yo colecciono solamente por afición no para especular.

—¿Sería usted la única que jamás se ha equivocado?, insinuó Verteillac con sorna.

—No niego que me considero muy superior á usted y á sus semejantes.

Verteillac no contestó; bastábale haber hecho montar en cólera á la coleccionadora; pues con esto y con la extraña catadura de Isabel se obtenía el objeto deseado á los ojos del médico, de antemano prevenido. Tenía la solterona aquella excentricidad que el vulgo toma fácilmente por locura y á esta impresión contribuía también la mirada extraviada, consecuencia de su debilidad y de la pequeñez de sus pupilas.

Febrilmente, casi con descortesía se desembarazó la señorita Ferronnaye de sus visitantes. Gravois salió mal impresionado de aquella visita y opinó, como Garés y Antonio, que era necesario hacer cuidar a la enferma.

—Un mes de observación en casa de Taboureau le sentará perfectamente, dijo; yo, en el lugar de su sobrino, no vacilaría un minuto.

—Es una cuestión de humanidad, añadió Garés.

Apoyado en esa doble autoridad, Ferronnaye, aprovechando una ausencia de Carlos Jorge, dejó en plena libertad a Verteillac, quien, como de costumbre, procedió con la mayor prudencia. Comenzó pidiendo una entrevista a Isabel; contestóle ésta con bastante dureza y él, que ya esperaba esta respuesta, escribió de nuevo diciéndole que deseaba vender o cambiar un Fragonard que ella le conocía y que hacía tiempo la tentaba. Entonces la coleccionadora suplicóle que pasara por su casa y allí estuvieron tres horas disputando sin poder ponerse de acuerdo. Durante la entrevista, Verteillac refirió que un buen señor de Boulogne, un sabio, acababa de heredar una colección curiosa, reunida en Alemania y en la que, al lado de cosas sin ningún valor, había otras realmente notables, entre ellas los cuadros que tenían innegable valor. El heredero no entendía una palabra de pintura y había querido asesorarse y el resultado había sido poner en duda la autenticidad de tres lienzos de Díaz y de uno de Corot. Verteillac, a quien se había consultado, no había sabido qué responder; los Díaz parecían falsos y el Corot sospechoso, pero para mayor seguridad había indicado a Isabel.

—Es muy extraño esto en usted, dijo la coleccionadora, sí, en usted que va diciendo por todas partes que yo no entiendo jota en materias de arte y que mi colección es un fracaso.

—¿Por ventura no dice usted lo mismo de mí?

—Porque es verdad, porque usted no entiende ni pizca en cosas del siglo XVIII... En cuanto a las del Imperio, confieso que sí; pero aun en éstas busca usted la cantidad no la calidad.

—De lo que usted no puede menos que felicitar, respondió Verteillac en tono fúnebre, ya que me ha explotado no poco.

—¿He sido más lista que usted, no es verdad?, dijo Isabel soltando una carcajada de satisfacción. Usted pensaba: «¡Bah, es una mujer! ¡Qué sabe ella de todo esto!»

—Soy cortés con las damas, hasta con el pensamiento, respondió Verteillac riendo maliciosamente y con aire feroz... Pero vamos a ver ¿quiere usted ir ó no a examinar los Díaz?

El recuerdo de las malas pasadas que le había jugado puso de buen humor a Isabel; además, quien sabe si encontraría algo que le conviniese ya que la casualidad es la diosa de las colecciones.

—Bueno, dijo, iré a ver esos Díaz.

—Dígame usted cuándo.

—El viernes a las dos.

—Vendré a buscarla en coche.

Verteillac fué inmediatamente a dar cuenta del resultado de la entrevista a Ferronnaye, que se frotó las manos de gusto.

«A fe mía, decía ¿podría obrar de un modo más peligroso si fuese loca rematada?... Por más que se argumente sobre la herencia nadie evitará que sólo sea legítima cuando responde al orden social... Despojándome, mi tía comete un crimen de lesa familia, que, por añadidura, está inspirado en una especie de venganza. Bien sabe ella que, dado mi modo de ser, dos mil francos de renta vitalicia son una amarga irrisión; se burla de mí, se goza en mi miseria, en mi lucha terrible contra la mala suerte. Y a todo esto agréguese que es idiota rechazando los cuidados de un médico. ¿Con qué derecho puede aspirar a vivir tranquila en una sociedad cuya protección acepta pero de la cual rechaza los deberes que le impone?»

Estas reflexiones eran los últimos ecos de una conciencia que desfallece. Antonio se apasionó por los preparativos de la negra acción que proyectaba, y se le vió en Boulogne, en el establecimiento de Taboureau, en casa de Garés y en casa de Verteillac. Al fin todo estuvo dispuesto.

El viernes, a eso de las dos, Verteillac tomó un coche y fué a buscar a Isabel. Esta no mostraba la menor inquietud; la cosa le parecía sencilla y muy propia de los negocios que con Verteillac se trataban. Mientras corría el carruaje, la coleccionadora miraba los muelles, los vendedores de libros viejos, las prenderías.

—En mi juventud, decía, encontraba ahí muchas cosas, pero ahora...

—La industria de la prendería no ha muerto, replicó Verteillac. Ayer mismo, en casa de un humil-

de traperero de la calle Gregorio-de-Tours, encontré unos morillos soberbios. Había visto en la puerta unas tenazas y una pala exquisitas; se las enseñaré a usted, son de una labor elegante aunque sencilla ¡unas estriás torcidas y una línea!.. Pidiéronme por ellas un precio irrisorio, dos francos y yo dije. «¡Qué lástima que no tenga usted el juego completo!» Hicieronme entrar en la tienda para ver todo lo que había sido adquirido de la misma procedencia, y entonces...

Isabel escuchaba gravemente, porque en aquel relato encontraba sus propias emociones cuando descubría algún objeto raro en un rincón perdido. Verteillac refirió con voz profunda y lenta las peripecias del descubrimiento de los morillos y luego de unas palmatorias Luis XVI que eran una maravilla de delicadeza.

—En general, dijo, no me ocupo en esas bagatelas, pero las de que hablo a usted valen su peso en oro. ¡Qué labor! ¡Qué elegancia!

—¿Se propone usted cambiarlas por alguna otra cosa?, preguntó la solterona sardónicamente.

—No, creo que las venderé. Son de una autenticidad fácil de reconocer; el menos experto no podría equivocarse. Se las propondré a unos novios que buscan cosas antiguas para instalar su casa.

—Las tenazas y los morillos no me convienen; en cuanto a las palmatorias, tal vez...

—No le prohibo a usted verlas; pero le advierto a usted de antemano que cuando las haya visto no querrá usted soltarlas.

—¡Ta, ta, ta!, exclamó Isabel con risa burlona. ¿Acaso entiende usted en esas cosas?

Verteillac, al oír ese sarcasmo, se puso verde de cólera, pero supo dominarse, pensando en que tenía próxima su venganza.

—No me jacto de ser inteligente en ellas, respondió, y bien lo ve usted, puesto que he venido a buscarla en un caso difícil... Pero no me extrañaría que con un genio como el de usted se captase usted enemistades.

—Mi carácter es aún demasiado bueno para usted, Sr. Verteillac... Si usted al fin y al cabo se ha dejado engañar por mí, no habrá sido por no desear que lo contrario sucediese. Siempre he dicho que usted no entiende en esas cosas y la cuestión de las palmatorias puede volver a abrir sus heridas. He creído proceder honradamente advirtiéndoselo a usted.

Solía tener rasgos de honradez de este género, complaciéndose en engañar a los pícaros que abundan en la clase, pero sintiendo escrúpulos de ganar demasiado a costa de los pobres diablos.

El coche, mientras, rodaba a lo largo de los muelles é Isabel se iba poniendo cada vez más melancólica, recordando los días de su infancia, sus paseos con su padre por las márgenes del gran río triste que cabrilleaba al chocar contra los ribazos. En la superficie del agua danzaban reflejos luminosos; eran sin duda los mismos reflejos y el mismo cabrilleo de los lejanos días de su niñez. ¡Cuán monótona es la vida! Delante de aquella agua, de aquellos árboles, de aquel sol ¿no había tenido ella también los pobres ensueños de los veinte años? Entonces algo grande, superabundante, llenaba su alma; pero desgraciadamente aquellos ensueños se habían ido desvaneciendo entre el polvo gris de los desvanes y de las salas de venta. ¡Cuánto tiempo hacía que para ella habían dejado de existir las aguas, los árboles, y el sol!

El carruaje corría ya por las calles de Boulogne, y la solterona todavía pensaba en aquellos recuerdos; fué menester un grito de Verteillac anunciándole que habían llegado al término del viaje para que sacudiese el embotamiento en que estaba sumida. Entraron en un gran edificio cuadrado, con paredes de ladrillos, y desde que estuvieron en el corredor molestó a Isabel el olor a éter que allí se sentía.

Miró a su alrededor sorprendida; su viejo olfato de coleccionadora no le permitía creer que hubiera allí objetos artísticos de ninguna clase.

—¿Dónde me ha traído usted?, preguntó a Verteillac.

—En seguida viene el director, contestó Verteillac flemáticamente. ¡Es hombre al agua, si nos enseña sus cuadros!

—Aunque los fabricase, no apestaría más esta casa, replicó Isabel sin hacer caso de la ironía de su acompañante.

En esto, entró el «director», hombre de aspecto grave y bondadoso, pero aferrado a su profesión y acostumbrado a no recibir más que a locos, porque, según él, dígame lo que se quiera, los errores en este punto eran muy raros.

Era una especie de coloso, por su estatura, y tenía los ojos de perro pacífico. A fuerza de ver locos, casi había perdido la facultad de ver en la criatura humana otra cosa que la locura. Las protestas de los que

entraban y las de los reclusos se deslizaban sobre él como agua de lluvia sobre plumaje de pato. Estaba dotado de una inteligencia pronta en la que las características de locura se inscribían por sí solas. Sus dichas, sus pesares, todo se resentía del ambiente singular en que vivía, y si, como pretenden ciertos autores, existimos más en los demás que en nosotros mismos, Taboureau debía ser de todos los habitantes de aquella casa el más poseído de locura.

—Vamos a ver, señora, dijo al entrar, ¿nos trae usted alguna maravilla?

Había olvidado que era ella la que iba en busca de alguna. Isabel, al ver a aquel extraño personaje, tuvo la desgracia de reírse y de preguntarle:

—¡Ah! ¿Es usted el fabricante de pinturas? ¿Quiere usted enseñarme sus lienzos?

El doctor se sonrió; aquel caso de locura caracterizada ponfale de buen humor. Tocó un timbre y se presentaron dos enfermeros.

—Lleven ustedes a esa señora al Sr. Lavergne, para que le enseñe los cuadros que él ya sabe.

Y luego, dirigiéndose a Verteillac, le dijo:

—Caballero, hágame el favor de quedarse porque tengo que decirle dos palabras.

«De fijo que van a tramar algo, pensó Isabel. ¡Abramos el ojo!»

Los dos hombres que la conducían, cuando estuvieron fuera de la vista del doctor, la empujaron un poco.

—¿No podrían ustedes apartarse?, gruñó la solterona.

—Sea usted prudente, dijo uno de los enfermeros, porque de lo contrario...

—¡Hola!, me toman por una de sus pensionistas, dijo en alta voz Isabel, mientras sus acompañantes abrían la puerta para hacerla entrar en el despacho del doctor Lavergne.

—¿Qué hay?, preguntó éste, ¿me traen sin duda a la coleccionadora?

—Sea usted más cortés, señor cirujano, dijo Isabel.

—¡Ja, ja!, exclamó Lavergne soltando la carcajada. ¡Y qué bien ha dicho esto!

Miróla con ligera sorpresa, porque era un buen observador de locos y tenía más seguro golpe de vista que Taboureau. Su diagnóstico resentíase de una gran independencia, porque Lavergne no se ocupaba exclusivamente en enfermedades mentales. Propenso a no admitir las transmisiones hereditarias mórbitas, creía en las causas físicas y afirmaba que con el tiempo se curaría la locura estudiando de cerca las lesiones conexas.

Agradábase hacer hablar a los locos, percibir el instante en que pasan del estado lúcido al de demencia. Físicamente era un hombre calvo, de ojos de color indeciso y que miraba con obstinación desconcertante. En aquella sociedad de maniáticos, tenía también su manía: sorber suavemente después de cada frase, de modo que parecía que olía a sus enfermos al mismo tiempo que les preguntaba.

—Pero señora, dijo mirando de alto abajo a Isabel ¿no viene usted para ver unos cuadros?

—Tenga usted la seguridad de que, a no ser por esto, no habría venido; y aun si Verteillac me hubiese informado mejor, ni siquiera por este motivo estaría aquí porque detesto la profesión que ustedes ejercen.

—¡Pues y yo, señora! Veo que estamos enteramente de acuerdo.

Lavergne tenía ya noticia de las manías de la anciana.

—Mientras esté usted bajo mi cuidado, no le haré tomar ninguna droga.

—¿Bajo su cuidado? ¿Pero usted cree que voy a quedarme aquí? Soy la coleccionadora, como usted dice, y vengo por los Díaz falsos ó auténticos.

—Sí, ya lo sé, replicó el doctor con aire de cansancio; pero no se los podremos enseñar hasta mañana. Instálese usted entretanto; voy a darle una camarera de buen carácter para que congenie con usted, que, según dicen, lo tiene excelente.

—¡Que me instale aquí!.. ¡Una camarera! ¡Pero usted está loco!

—Ya lo suponía, exclamó el doctor; no falla nunca... Vamos a ver, hija mía, sométase usted a la regla. Cuando se viene a casa de Taboureau, lo menos que se está en ella son veinticuatro horas; tome usted su mal con paciencia.

—Lo que voy a tomar es el portante.

Lavergne se encogió de hombros como aburrido.

—¡Dios mío!, dijo mirándola fijamente! Si ha venido usted aquí para quedarse!.. No se enfade usted, añadido tan prontamente que Isabel no tuvo tiempo de enfurecerse, porque el menor acceso de cólera se estimaría como un síntoma de locura. ¿Quiere usted exponerse a ello? ¡Como le plazca!

La solterona calmóse repentinamente dando con ello la mejor prueba de dominio sobre su voluntad.

El doctor Lavergne había comprendido perfectamente que, loca ó no, convenía tratar á Isabel como persona razonable, y al cabo de unos días se había ganado con ello su confianza y conseguía hacerle aceptar un régimen sencillo que, mejorando su nutrición, acababa por obrar sobre toda su persona. De suerte que ahora, cuando la señorita Ferronnaye se lamentaba de la estratagema de su sobrino y acusaba á éste de no proponerse más que heredarla, el doctor le replicaba riendo.

—Pues ha calculado mal el golpe porque de día en día mejora usted.

Isabel convenía en ello, mas no por esto ardía menos en deseos de marcharse, porque la salud no le parecía una cosa esencial.

—Sí, estoy mejor, decía, pero me aburro lejos de mis colecciones.

—Ya volverá usted á verlas.

—Acepto el augurio.

Sin renunciar á su esperanza y buscando con paciencia la manera de hacer llegar una carta á manos de Carlos Jorge, comenzó á hacerse útil y á compadecerse de las locas que la rodeaban. La mayoría de éstas se agitaban y hablaban de un modo incoherente; otras permanecían taciturnas ó extáticas; y para unas pocas era un gran consuelo tener una compañera con quien platicar, pues su locura intermitente, ó simplemente sus neurastenias, les dejaban muchas horas de lucidez. La frialdad de la señorita Ferronnaye se conmovía en presencia de sufrimientos dignos de interés y la gratitud de las enfermas se manifestaba con una vehemencia á menudo encantadora.

A veces Isabel decía á Lavergne.

—Si no temiese quedarme aquí para siempre, no me disgustaría mi estancia en esta casa, pues en ella habría quizás aprendido en algunas semanas más conocimientos sobre la vida que en todo el resto de mi existencia.

—Así es, á fe mía, le contestaba Lavergne. Los móviles humanos son mucho más pequeños de lo que generalmente se cree. Un ser aislado puede vivir en una especie de cristalización, pero si una catástrofe lo arroja en medio de la humanidad, surgen en él manantiales de caridad desconocidos y sutiles comprensiones. Usted es una señora inteligente y por lo mismo se le pueden decir los defectillos que tiene; pues bien, acaso haya algo de justicia en lo que le está sucediendo, porque se ha consagrado usted con demasiado exclusivismo á su goce artístico.

—¡Me parece tan fea la humanidad!

—Lo es realmente, pero tiene también sus bellezas. Y luego, que sólo para ella vivimos... ¿Cree usted que me substraigo fácilmente á la tristeza, yo que cuido á todos esos infelices trastornados y, lo que es aún peor, á tanta gente sana de espíritu pero lúgubramente enfermos de cuerpo?

—Nunca habría creído, dijo Isabel riendo, que un día había de escuchar con paciencia á un pícaro de la ralea de usted; bien es verdad que es usted tan poco médico...

—Diga usted, por el contrario, que lo soy mucho puesto que he podido admitir que no le faltase á usted razón para rechazar los medicamentos.

—Es que no sólo los rechazo para mí, sino que, además, los niego.

—He aquí un problema difícil hablando del cual se sale usted de su competencia.

—En fin, replicó la solterona en tono entre bondadoso y seco; si todos los médicos fuesen como usted, los soportaría.

Lavergne pareció perplejo y sorbió con más fuerza que de costumbre, porque aquel problema seguía siendo el punto flaco, el repliegue en donde podía anidar la locura.

—La profesión lleva al pontificado, dijo al fin..., pero tiene sus lados soberbios que el vulgo ignora.

La palabra ruda y sana de aquel hombre tenía encantada á Isabel, que ya no se enfadaba oyéndose llamar siempre por él «la coleccionadora.»

—Iré á ver su colección cuando salga usted de aquí, decía Lavergne.

—¿Y no sería deber de usted, como hombre honrado, hacerme salir de aquí en seguida?

—Me pone usted con esto en un mal terreno... Está usted aquí en observación; continúe usted del mismo modo, en la seguridad de que cuando me pidan mi parecer, mi opinión será de que puede salir, se lo prometo. Pero en el entretanto, dependo de Taboureaux.

—¿Está usted, al menos, convencido?

—Lo estoy, pero como en estas cosas entiendo más que usted ¿no es verdad?, me veo obligado á tomar ciertas precauciones. ¿No haría usted lo mismo

si le pidieran que certificase sobre una obra de arte? —De manera que si se le ocurriese á Taboureaux substituir á usted y confiar la observación de mi persona á un médico menos escrupuloso ó menos inteligente...

—Sería una desgracia.

—¿Y lo dice usted con ese aire de indiferencia! ¿Sabe usted que estoy muy inquieta? ¿Quién es, pues, el que puede hacerme salir de aquí?

—Su sobrino.

—¿Qué odiosa tiranía!

—Dos médicos han juzgado necesaria la conducción de usted á un asilo.

—¿Pero no puedo escribir al procurador general, á los periódicos?

—Ciertamente que sí, pero no le harán caso. Su sobrino está en regla con la ley, y los vecinos de usted y su propia criada están contra usted.

Las sienes de Isabel se hincharon en un arrebato de cólera.

—No se incomode usted, murmuró Lavergne; hasta ahora ha sido usted bastante hábil para evitar toda apariencia de locura; acuérdesse de lo que le dije el día de su llegada: en una casa como ésta, la cólera parece siempre una manifestación peligrosa.

—Gracias, dijo la solterona calmada súbitamente; es usted un hombre honrado.

—Y para darle una prueba de que tengo confianza en su razón, le aconsejo que escriba usted directamente á Ferronnaye.

—¡Esto nunca!

—Se suavizará si cree en las buenas intenciones de usted.

Lavergne diciendo esto se encogió de hombros. Para él, los matices de cólera, de indignación eran síntomas encontrados tan frecuentemente en los locos, que no dejaba de considerarlos como debilidades de espíritu en las gentes normales.

—Lo propio de la sabiduría, dijo al fin, es la adaptación á las circunstancias... No quiero con esto insinuar que se deba renunciar á ciertas actitudes y á ciertas opiniones cuando valga la pena mantenerlas; pero el exceso de lo que se llama carácter hace la vida odiosa: ser ó no ser, he aquí el problema.

—¿De manera que me aconseja usted una baja ó una mentira?

—No sería usted la primera, replicó Lavergne soltando una carcajada.

—Es usted un hombre singular; pero le agradezco su franqueza.

—Diga usted que soy un loco y que excusa usted mi locura.

—Desde el momento en que no piensa usted como todo el mundo...

—Obro con sinceridad.

—Quizás tenga usted razón..., pero soy demasiado vieja para cambiar de modo de ser... Por lo demás, quiero probar otro medio.

—Como usted guste.

Y variando de conversación, le preguntó:

—¿Qué opina usted de esa buena mujer del número 10?

—Dios mío, prescindiendo de algunas nimiedades, pareceme que corren por el mundo muchas gentes más peligrosas que ella.

—Y sin embargo, golpeó violentamente á un pobre sargento.

—¿Y á mí me golpearía?

—No lo creo; tiene usted autoridad sobre ella. Por lo demás, desde que está usted aquí, mi sección marcha admirablemente.

—¿No lo dice usted por halagarme?, preguntó Isabel radiante de satisfacción.

—¡Palabra de honor!

Cuando Lavergne hubo salido, la coleccionadora se quedó pensativa largo rato. Débil y doliente, se consagraba á las desgraciadas que la rodeaban; aquella mujer, que no había sabido hacerse amar de nadie, hacía ahora amar por locos. En ocasiones como ésta es cuando aparece formidable la ironía de los destinos; Isabel era bastante inteligente para comprenderlo y para apreciar la amarga lección que de ello se desprendía.

XI

Amanecía apenas cuando se despertó Carlos Jorge. Había pasado mala noche y su sueño había sido interrumpido por alucinaciones, durante las cuales abría los ojos en las tinieblas, creyendo ver unas figuras que se erguían junto á su cama. Esas figuras eran casi siempre imágenes sin cabeza, faldas largas de Jacobita, en una especie de claroscuro, de las cuales salía un sollozo. Alargaba él entonces las manos y oprimía el vacío. Seguía luego una hora de insomnio, en la que recordaba los más insignifican-

tes gestos de su amada y puerilmente repetía palabras oídas y formulaba respuestas. La desgracia yacía en el fondo de su alma como en un lago negro y cenagoso, y el infeliz desesperaba de llegar nunca hasta el corazón de Jacobita, porque Ferronnaye se mostraba frío con él.

La primera vez que pudo darse cuenta de aquella frialdad, creyó que el mundo se derrumbaba ante sus ojos. Era una tarde lluviosa y él llevaba un trabajo urgente y se llenaba de barro hasta la cintura, sin preocuparse de ello y sólo movido por su deseo de complacer al editor. Los grabados que iba á entregarle habían salido perfectamente, tenían la nota justa que solía agradar á Antonio, y Carlos Jorge esperaba que éste, al verlos, lanzaría una expresión de sorpresa y le dirigiría un elogio.

Cuando le presentó las planchas, Ferronnaye se limitó á mirirlas distraídamente antes de dejarlas sobre su mesa, y á decir:

—Muy bien, muy bien...

—Me parece que en el río y en las construcciones del ribazo he estado afortunado, dijo tímidamente el grabador.

—Sí, pareceme que sí.

La mirada de Antonio esquivaba la del joven y en toda su actitud se revelaba un sentimiento de rencor. Carlos Jorge, espantado, hubiera querido besarle, preguntarle la causa de su cólera... Aunque bien la adivinaba; mas no por esto retrocedía, porque si podían torturarle el corazón, nadie tenía poder bastante para expulsar de él la nobleza y el instinto de justicia. Dos semanas estuvo sin ver á los Ferronnaye, con la esperanza de que le llamarían para darle trabajo ó para apremiarle por los grabados que estaba haciendo; pero el editor dejó pasar tiempo sin dar señales de vida y entonces un terror negro se apoderó de Laty.

En el espíritu de Antonio comenzaba á influir ya el dinero en expectativa, aquella gran fortuna del bulevar de La Tour-Maubourg; en ella pensaba por la noche y se despertaba por la mañana lleno de esperanza y de codicia. Además, había germinado en su alma un sentimiento singular, una especie de envidia, de celos de Laty; aquel muchacho, tan bueno, abnegado hasta el crimen, ofrecía grandezas de carácter que Ferronnaye hubiera soñado para él mismo, pero con una brillante ostentación. De aquí que se esforzara en empequeñecer los favores que le había hecho Carlos Jorge, indignándose ante la idea de que éste no hubiera estimado como un deber el seguirle hasta el fin; esto equivalía á una duda, á una ofensa.

Pero el principal agravio fué que Laty se figurase llegar á ser esposo de Jacobita. ¡Con qué soberbia, con qué desdén consideraba Ferronnaye al grabador cuando cruzaba por su mente esta idea! Su hija, con dos millones de dote, podía casarse con un hombre cuyo poder resonase hasta en los confines del mundo, y este matrimonio era para él el desquite, significaba su ingreso en la existencia magnífica que siempre había soñado. Por esto se apoderó de Jacobita con una especie de pasión, llevándola consigo en sus correrías, haciendo que se interesase en cosas de arte y acompañándola al Bosque, á conferencias, al teatro... A veces iba también con ellos Irene; pero generalmente salían solos, satisfechísimos de sus escapadas á las afueras, á Sevres, á Versailles, almorzando en el restaurán y formando mil proyectos...

Laty estaba lejos, mortalmente herido por la actitud de Ferronnaye... Regresaba de provincias, adonde el editor le había rogado que fuese para ejecutar unos dibujos que quería que fueran exactísimos, y de vuelta en París se encontró con tanto trabajo acumulado, que se encerró en su casa á piedra y lodo. Por esta razón no se enteró del secuestro de la anciana coleccionadora, de su encierro en la casa de Boulogne. Trabajaba de firme, porque el trabajo había acabado por ser su único consuelo; pero su existencia estaba minada, como una casa situada á orillas de un río y sobre un suelo infiltrado. Todo vacilaba en él: sus gestos eran un sufrimiento y sus meditaciones una desolación. Recobrar la simpatía de Ferronnaye, he aquí lo único que le preocupaba. Una mañana, el destino le llevó un problema más doloroso aún, en forma de una carta que Isabel le escribía desde su prisión dorada:

«... Antonio Ferronnaye me ha encerrado en un asilo de locos, lo que es para mí el mayor horror, no tanto á causa de los pobres dementes, como por la tiranía de los médicos. Y aun he tenido la suerte de dar con una persona buena que ciertamente se da cuenta de que no estoy loca y que no me administra drogas, por lo que le estoy muy agradecida. ¿Pero seguiré confiada á su cuidado? Desde ayer abrigo sobre ello mis dudas.

(Se continuará.)

BARCELONA.—TEATRO PRINCIPAL
ELS PIRINEUS, TRILOGÍA DE VÍCTOR BALAGUER

en la galería de cuadros y esculturas hay obras de los más eminentes maestros antiguos y modernos; que la colección numismática consta de 6.000 mo-

que en las colecciones etnográficas figuran objetos rarísimos de Asia, Africa, América y Oceanía; y que en punto á muebles y armas, existen allí numerosos

La empresa del Teatro Principal ha querido inaugurar la temporada de 1911-1912 tributando un homenaje á la memoria del insigne poeta Víctor Balaguer.

Sólo alabanzas merece este propósito, por cuanto la personalidad de Balaguer es una de las más salientes dentro del renacimiento literario catalán, una de las que más han contribuído al resurgimiento del alma regional. Todos los primeros frutos de su privilegiada inteligencia, fueron para Cataluña, cuyas tradiciones y leyendas supo hacer revivir. Él fué quien inició la restauración de los Juegos florales y quien aportó á nuestra literatura el caudal de sus estudios é investigaciones contenido en su notable *Historia de los Trovadores*.

Y en cuanto á su obra *Historia de Cataluña*, si otras posteriores historias, escritas bajo el criterio moderno de rebusca en los archivos y de inspiración en las fuentes originales, han destruído algo de lo que en ella se decía, esta consideración nunca será óbice para proclamar el mérito de quien primero y de un modo principalísimo contribuyó á despertar entre sus conterráneos el entusiasmo por las gestas de sus antepasados.

Cataluña fué el amor de los amores de Balaguer, lo mismo del Balaguer literato que del Balaguer político, y no hay catalán que pueda olvidar el bello



Sala de honor del castillo de Foix (1.º acto), decoración de los Sres. Moragas y Alarma

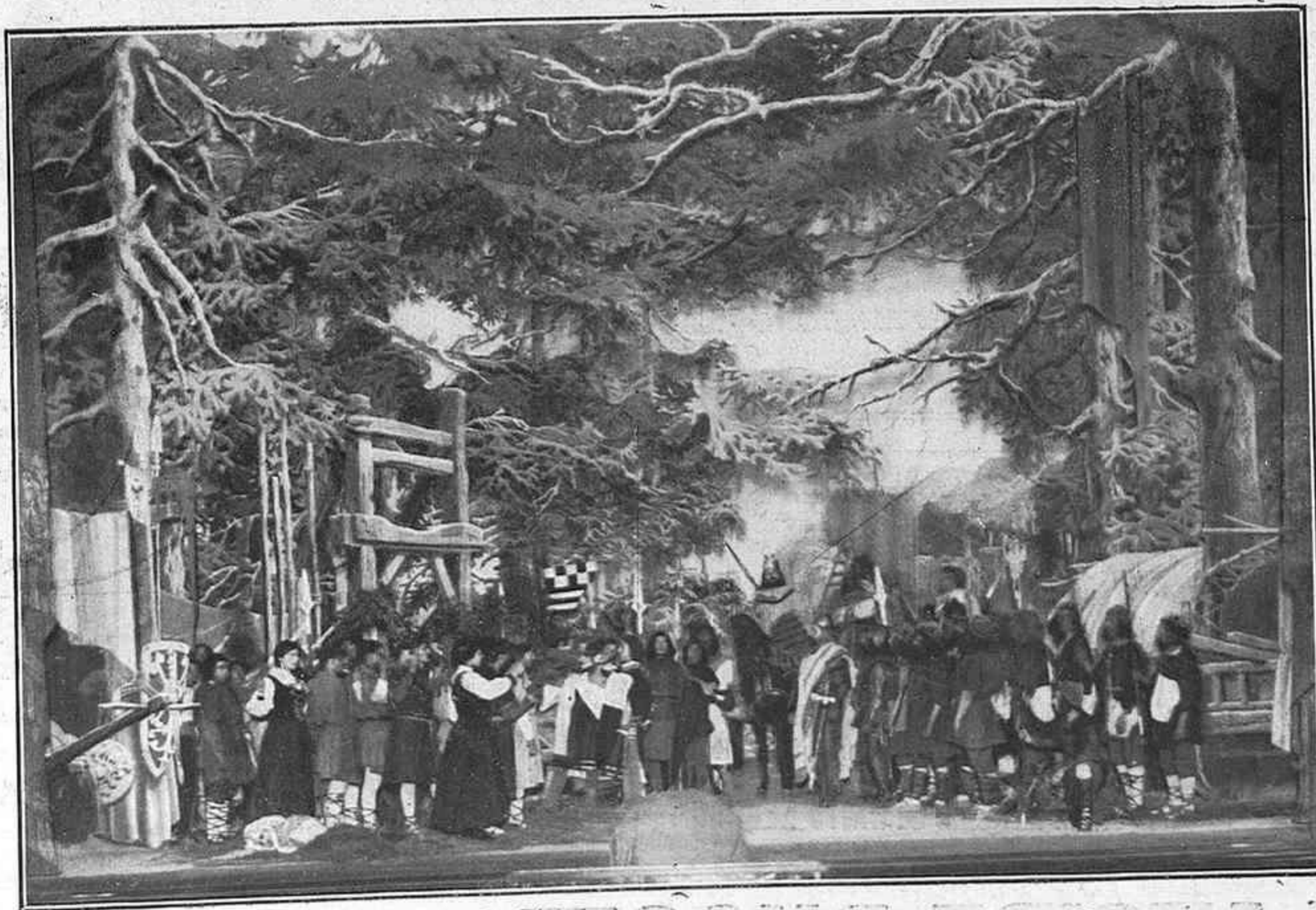


Claustro de la abadía de Bolbona (2.º acto), decoración de Vilumara

gesto suyo de dimitir cargo tan alto como la presidencia del Consejo de Estado después de la defensa que hizo de la producción nacional, en ocasión en que corría grave peligro la industria catalana.

Y como si todo esto no fuera aún bastante, quiso en vida hacer donación á Cataluña de cuanto poseía y empleó toda su fortuna en construir en Villanueva y Geltrú, la ciudad tantas veces por él representada en el Congreso, el Museo y Biblioteca de su nombre y la llamada Casa de Santa Teresa, á los que llevó su numerosa y rica biblioteca y sus valiosas colecciones artísticas.

Para comprender la importancia de tal donación, basta decir que la biblioteca se compone de 31.000 volúmenes; que en el archivo se guardan, además de gran número de importantes documentos en pergamino, 2.000 tomos manuscritos, algunos con imágenes y adornos policromados; que



Collado de Panissars (3.º acto), decoración de los Sres. Moragas y Alarma

nedas; que la sección de grabados comprende 3 000 de éstos; que la cerámica consta de 2.000 piezas;

más sinceros plácemes á sus iniciadores y á cuantos han contribuído á su éxito.—S.

ejemplares de excepcional valía artística ó histórica.

Bien merecía, pues, Balaguer el homenaje á que al principio nos referimos.

La obra elegida para ello por la empresa del Teatro Principal ha sido la trilogía *Els Pirineus*, ese grandioso poema dramático, mezcla de leyenda y de historia, en el que el poeta hace revivir ante nosotros las grandes figuras de nuestros héroes y las gloriosas hazañas de nuestro pueblo, y en el que trovadores y guerreros encarnan nuestro espíritu tradicional.

Y si digna de aplauso es la idea que ha guiado á la empresa, elogios mayores, si cabe, merece por la forma en que la ha llevado á cabo. En efecto, la presentación escénica de *Els Pirineus* supera á cuanto se ha hecho, de muchos años á esta parte, en Barcelona; las cuatro decoraciones nuevas pintadas por los reputados escenógrafos Sres. Vilumara, Moragas y Alarma son verdaderas obras maestras de escenografía y á la misma altura de ellas están los trajes, el *attrezzo* y todos los accesorios.

Los trajes, ajustados á los figurines que dibujó nuestro artista poeta Apeles Mestres cuando se puso en escena en el Gran Teatro del Liceo la ópera del mismo título de Balaguer y del maestro Pedrell, resultan rigurosamente de la época, lo mismo los de las damas que los del conde de Foix, del almirante Roger de Lauria, Sicart de Marjevol, Miraval, Corbari, de los juglares, bufones, aldeanos, etc. Todos los personajes representados parecen arrancados de las páginas de un códice. De ahí que para que el éxito haya sido completo, puede afirmarse que se ha *vestido* la obra con rigurosa exactitud, prescindiendo de convencionalismos y de la rutina, contribuyendo todo á retrotraer pasados acontecimientos y á acrecentar la viva impresión que produce en el espectador.

La interpretación bien puede calificarse de admirable, sobresaliendo en ella Enrique Jiménez, como actor y director de escena, y la eminente Margarita Xirgu, á quienes secundan perfectamente las señoras Santolaria y Faura, y los señores Guitart, Nolla, Daroqui, Villalonga, Ortin y Martí.

La representación de *Els Pirineus* ha sido un verdadero acontecimiento teatral y por ello damos nuestros

plácemes á sus iniciadores y á cuantos han contribuído á su éxito.—S.

PARÍS. - UN AUTOBUS

PRECIPITADO EN EL SENA

En la tarde del día 27 de septiembre último, un autobus de los que hacen el servicio de Batignoles al Jardín de Plantes, al pasar por el puente del Arzobispado, desvióse algo de su camino, para no aplastar á una mujer. En aquel momento, venía en dirección contraria otro autobus de la misma línea y el mecánico del primero, á fin de evitar un choque, dió bruscamente vuelta al volante. El autobus giró violentamente, subió á la acera, que en aquel sitio es muy baja, y chocando con el pretil, sencilla baranda de barras de hierro muy delgadas, lo rompió en una extensión de cinco metros y precipitóse en el Sena produciendo un ruido formidable, como la detonación de un cañonazo espantoso. Sólo uno de los veintitrés pasajeros tuvo, en el instante de la caída, presencia de ánimo suficiente para arrojarle por la ventanilla; milagrosamente cayó sentado en el parapeto, con los pies colgando, y agarrándose á un trozo de hierro de la balaustrada, dió tiempo á que le salvaran.

El autobus quedó enteramente sumergido; el techo estaba á flor de agua y únicamente sobresalía la plancha indicadora del trayecto que el vehículo recorría. Los movimientos del agua denotaban los desesperados esfuerzos que para librarse de la muerte hacían los desdichados pasajeros; uno de éstos, que se hallaba en la plataforma, pudo coger á su esposa y á sus dos hijos y refugiarse con ellos en una de las barcas que inmediatamente acudieron al sitio de la catástrofe. Otro, un sacerdote, el padre Richard, que iba en el fondo del coche con un niño y una niña, hermanos, confiados á su cuidado, consiguió salir por la ventana; pero apenas hubo cobrado aliento, sumergióse de nuevo varias veces, logrando sacar vivos á los dos niños primero y luego á otras cuatro personas. El cobrador del autobus pudo también salvarse rompiendo un cristal y llegando á nado hasta el muelle.

En el entretanto, habíanse organizado los trabajos de salvamento, siendo muchos los que se lanzaron al agua para ayudar á los que aun luchaban dentro del autobus y de los que algunos pudieron salir con vida de aquella cárcel submarina. Después, fué preciso hundir el techo del autobus á fin de proceder á la extracción de los cadáveres, de los que fueron sacados diez.

Al día siguiente fué extraído, por medio de una grúa de vapor, el autobus, debajo de cuyo motor fué encontrado el cadáver del mecánico.

De la catástrofe, que produjo honda emoción en París, re-

sultaron cuatro personas indemnes, nueve heridos, once muertos y tres desaparecidos, cuyos cuerpos se supone que han sido arrastrados por la corriente del río.

cántico al amor, á la honradez y al trabajo. La traducción de Angel Guerra es inmejorable. Un tomo de 120 páginas; precio, una peseta.



París.—Un autobus precipitado en el Sena
Extracción del autobus y del cadáver del mecánico. (De fotografía de M. Rol.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

MALDONADO, MEJÍA, MONTALVO., por *Alejandro Andrade Coello*. - Colección de artículos, los más sobre hombres y sucesos importantes del Ecuador, y algunos puramente literarios. Sobresalen entre ellos los notables estudios dedicados á los tres personajes ilustres que dan el título al libro y muy en particular el del malogrado cuanto eximio autor de *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Un tomo de 300 páginas impreso en Quito en la Imprenta y Encuadernación nacionales.

**

LA POESÍA DEL PORVENIR, por *Manuel Pérez Fernández*. - Composición poética dedicada á la creación de la Academia de la Poesía y en la que el autor señala cuáles deben ser los asuntos en que el poeta debe inspirarse. Un folleto de 16 páginas impreso en Madrid en la imprenta de Antonio Gascón; precio, 25 céntimos.

**

VALLDEMOSINES, por *Coloma Roselló*. - Las narraciones contenidas en este libro, escritas en mallorquín, son otras tantas notas impregnadas de color local, no sólo por sus asuntos, sino también porque en ellas palpita el alma de la autora, que sabe ver admirablemente y sentir con honda intensidad las cosas de su tierra. Un tomo de 112 páginas; forma parte de la Biblioteca popular de «L'Avenç», que se publica en Barcelona. Precio, 50 céntimos.

**

LA BIBLIOTECA DE MI TÍO, por *R. Topffner*. Traducción de *Angel Guerra*. - Con buen acierto ha publicado la Biblioteca Patria, que con tanto éxito se edita en Madrid, esta novela del eminente escritor suizo, de quien dice el traductor en el prólogo que «como buen abuelo cuenta historias de amores, de virtudes, de dichas humildes, en el fondo, en la intimidad de los hogares,» «huye de las complicaciones, de los sondeos filosóficos» y sus personajes «se aman, poniendo en el amor toda su felicidad, y no todo su infortunio.» *La biblioteca de mi tío* es, en resumen, un libro de sana y confortante lectura, porque es un cántico al amor, á la honradez y al trabajo. La traducción de Angel Guerra es inmejorable. Un tomo de 120 páginas; precio, una peseta.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

DE CIENCIAS, ARTES, GEOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORIDADES DE LA LENGUA ESPAÑOLA, HISTORIA, BIBLIOGRAFÍA, MITOLOGÍA, USOS Y COSTUMBRES, etc., etc., etc. - Edición profusamente ilustrada con miles de grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. - Una de las obras más importantes que se han impreso en España y que hoy figura en las principales Bibliotecas oficiales de Europa y América. La obra completa consta de 26 tomos en 4.º - Para facilitar la adquisición de tan importante obra, se admiten suscripciones al DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO por tomos encuadernados á pagar diez pesetas mensuales, y también á la obra completa pagando veinticinco, para cuyo compromiso de compra se firmará un *Boletín de suscripción*, que obra en poder de nuestros corresponsales y comisionados, una vez admitido el convenio por la Casa editorial.

En publicación: NUEVO APÉNDICE al DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, redactado por distinguidos profesores y publicistas de España y América.

Africa Pintoresca

REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS
POR VÍCTOR GIRAUD

EL CONGO, POR M. WESTERMARCK

Esta edición, espléndidamente ilustrada, forma un tomo de 356 páginas, y se vende por 12 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Barcelona.

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN